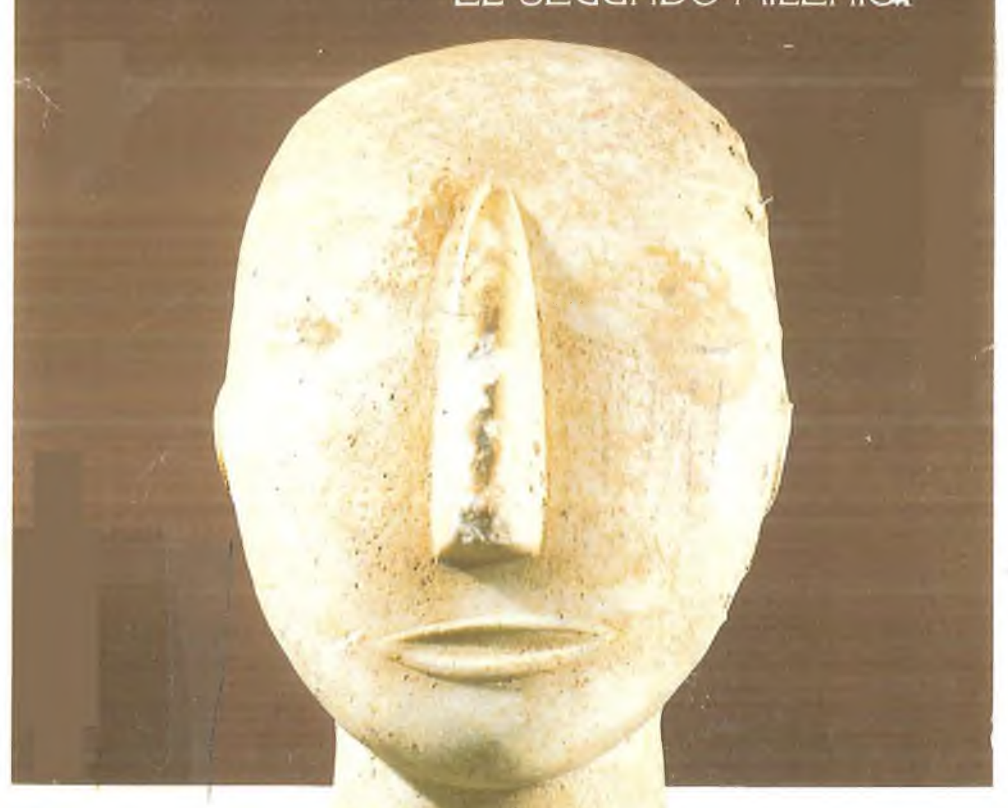
AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

14

GRECIA

EL MUNDO DEL EGEO EN EL SEGUNDO MILENIO





GRECIA



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

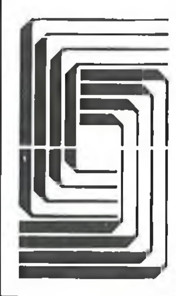
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito legal: M. 32.879-1988
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-275-0 (Tomo 1/1)
Impreso en GREFOL, S. A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Pinted in Spain

EL MUNDO DEL EGEO EN EL SEGUNDO MILENIO

José Carlos Bermejo Barrera



Indice

Introducción

Siempre es muy difícil comenzar a escribir la historia, ya que todo límite, todo corte cronológico posee un carácter meramente convencional. Y si esto es cierto aplicado al estudio de cualquier pueblo y de cualquier época, la dificultad se acrecienta enormemente cuando de lo que tenemos que hablar es de los orígenes, de los primeros principios, del punto de partida a partir del cual se puede comenzar a hablar de una historia tan llena de connotaciones de todo tipo como lo es la Historia de Grecia. ¿Dónde comienza, en efecto, la historia del pueblo griego? En este caso, como en otros similares, se han utilizado diferentes criterios para establecer un límite a partir del cual comenzaría a tener sentido el hablar de la Historia de Grecia.

El primero de estos criterios, de una supuesta validez general, es el que afirma que el tránsito de la Prehistoria a la Historia tiene lugar cuando se produce la aparición de los primeros documentos escritos, en cuyo caso la Historia griega tendría sus comienzos a finales de la Edad del Bronce y más o menos a mediados del segundo milenio, cuando en los palacios micénicos comienza a desarrollarse el tipo de escritura conocido como Lineal B. Este criterio ha sido puesto en duda por numerosos autores, basándose en el hecho de que es posible que dos sociedades sean prácticamente idénticas —como puede ser el caso de las de la Edad del Bronce Tardío y la cultura micénica, aunque en la primera de ellas esté ausente la escritura. Lo que habría que buscar, pues, no serían los textos que nos transmitan los acontecimientos históricos, ya que, curiosamente, las tablillas micénicas no recogen directamente ningún acontecimiento histórico trascendental, por ejemplo, sino otros criterios basados en los diferentes grados de la evolución de las sociedades.

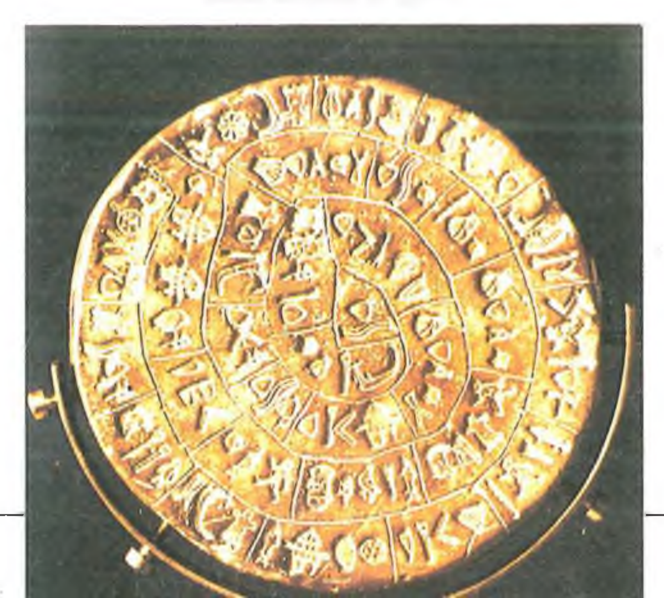
Y así es como se desarrolló el segundo de los criterios de delimitación entre la Prehistoria y la Historia: el criterio arqueológico. De acuerdo con él, la evolución de la humanidad tendría lugar a través de diferentes etapas de progreso tecnológico, que vendrían marcadas por el tránsito de una economía recolectora y depredadora, la de las sociedades de cazadores, a otra economía productora, la de las sociedades agrícolas y ganaderas del Neolítico, pasando luego al desarrollo de las sociedades urbanas, que señalarían el comienzo de la Historia, para culminar por fin en la revolución industrial. De acuerdo con este criterio, el comienzo de la Historia en el Egeo tendría lugar con el desarrollo

del urbanismo y de las culturas palaciales de Creta y el continente griego.

Por último aún cabe un tercer criterio delimitador: el lingüístico y étnico, según el cual la Historia de Grecia comenzaría con la llegada a la Hélade de un pueblo, el griego, reconocible por su idioma, sus costumbres y sus características físicas y espirituales. De acuerdo con este criterio la Historia comenzaría en Grecia en un fecha que, como veremos, puede oscilar desde el Neolítico al Heládico —o Edad del Bronce— Tardíos, períodos en los que los diferentes autores tienden a situar la posible llegada de los invasores helénicos. Este criterio ha sido igualmente fuertemente criticado, ya que, por una parte, es muy difícil delimitar lo que puede ser «griego» desde el punto de vista físico —a menos que se utilice un criterio racista—, o desde un punto de vista espiritual, y por otro lado porque, si recurrimos a un criterio lingüístico, la única forma indudable de demostrar que un pueblo concreto hablase griego en determinada etapa de su historia es que haya unos documentos que recojan su lengua, con lo cual este criterio se fundiría con el primero. Pero es que, además, las teorías de este tipo incurren en un defecto lógico que podríamos denominar como finalismo, puesto que sostienen que el pueblo griego no es, como todos los demás pueblos, el resultado de un largo proceso histórico, sino que ya desde un principio nace, como Atenea, de la cabeza de Zeus, perfectamente desarrollado, anunciando desde sus orígenes su futuro destino.

Sea cual sea el criterio que tomemos podremos comprobar que en cualquier caso la Historia griega halla sus comienzos en la Edad del Bronce, en el segundo milenio antes de nuestra Era, tanto en el propio continente griego como en la isla de Creta. Comenzaremos precisamente haciendo referencia a esa isla, ya que en ella, como en el resto del Egeo, se produce antes que en la Grecia continental el fenómeno de la revolución urbana y el florecimiento de la cultura palacial, siguiendo unas pautas que podremos considerar como arquetípicas de todo el mundo egeo, para pasar posteriormente a estudiar las primeras etapas de la Historia griega.

Disco de terracota,
procedente de Festos
(en torno al 1600 a.C.)
Museo Nacional de Atenas



I. La cultura minoica

1. Introducción

Los primeros años de nuestro siglo vieron salir a la luz los magníficos restos de los palacios cretenses. La originalidad de su arquitectura, la gran belleza de sus frescos y de las cerámicas halladas en ellos impresionaron vivamente, tanto a los historiadores y arqueólogos que se dedicaron a su estudio como al público culto europeo en general, que vio en el arte minoico un precedente muy claro de las tendencias artísticas de estos momentos, a las que solemos conocer bajo el nombre de Modernismo. Aparecía, pues, una nueva cultura depositaria de grandes valores de diverso tipo, y que a la vez era anterior a la cultura griega propiamente dicha y había influido en ella, puesto que los objetos minoicos hallados en la Grecia continental y el posterior desarrollo de la cultura palacial en ella así parecían demostrarlo. Y así comenzó a considerarse a la cultura minoica como la progenitora de la que vendría a ser posteriormente la cultura griega clásica. Fue el excavador del palacio de Cnossos, Sir Arthur Evans, quien plasmaría esta teoría a través de sus obras, por lo que pasó a disfrutar de un gran predicamento y a ser aceptada posteriormente como un hecho histórico incontrovertible; sin embargo, desde hace algunos años la investigación arqueológica ha obligado a poner claramente en duda sus fundamentos.

Es indudable que en el campo del arte, de la arquitectura, la pintura y la cerámica existe un gran influjo minoico sobre la cultura de Micenas. Y hasta es posible que algunos artistas minoicos se hayan desplazado a trabajar al continente. También es verdad que en un fenómeno de capital importancia, como lo es la escritura, el influjo de Creta sobre el mundo griego resulta evidente, ya que la escritura Lineal B deriva claramente de la cretense conocida como Lineal A. Pero debemos tener en cuenta que todos estos influjos fueron de tipo meramente cultural, mientras que, por el contrario, el desarrollo de las fuerzas económicas y sociales siguió en los mundos minoico y micénico una dinámica propia en cada uno de los casos.

En el continente griego se observa una gran continuidad en los asentamientos y en la cultura material desde el Neolítico, o por lo menos desde la Edad del Bronce Medio hasta la formación de la cultura micénica, por lo que podemos suponer que los elementos definitorios de la evolución histórica poseyeron una dinámica que en lo fundamental no fue de-



pendiente de influjos exteriores. Y por otra parte puede claramente comprobarse que no existen huellas indudables, sobre todo asentamientos de gran importancia de cretenses en la Hélade, por lo cual deberemos dejar a un lado la brillante hipótesis de A. Evans y estudiar la cultura minoica dentro de sus propios límites y no como el lugar de origen de la cultura griega.

Nuestro punto de partida lo constituirá el comienzo del II milenio antes de nuestra Era. En estos momentos, en efecto, se construirán en Creta los primeros palacios, lo que señalará la existencia de un cambio histórico de fundamental importancia, puesto que este hecho trajo consigo el desarrollo del urbanismo y la aparición de una economía centralizada y de una clara estratificación social.

Suele dividirse el desarrollo histórico de la cultura palacial en dos períodos: el palacial primitivo y el tardío. El primero de ellos comprende los períodos arqueológicos situados entre el Minoico Medio I y el Minoico Medio III, mientras que el segundo de ellos se desarrollaría desde el Minoico Medio III hasta el Minoico Reciente III.

En términos de cronología absoluta, establecida a partir de sincronismos arqueológicos entre Creta y Egipto, se podría afirmar que el primero de estos períodos comprende más o menos desde el 2000 hasta el 1700 a. J. C. y el segundo desde el 1700 hasta el 1400 a. J. C.

Hemos establecido la distinción entre períodos históricos: los palaciales, y arqueológicos: los minoicos, correspondientes a la Edad del Bronce porque conviene no confundir, como suele hacerse muchas veces, el desarrollo histórico con la simple evolución de las formas arqueológicas en



La Creta Minoica

cerámica, arquitectura, etc., ya que en modo alguno es defendible que el cambio de una decoración cerámica a otra tenga que implicar necesariamente importantes transformaciones de carácter económico, social o, en definitiva de tipo histórico. Pasemos, pues, a analizar el desarrollo histórico de las sociedades minoicas.

2. Período palacial primitivo (2000-1700 a. J. C.)

La principal fuente de que disponemos, tanto para el estudio de este período como para el de los períodos posteriores, la constituye la arqueología. Por ello será necesario comenzar examinando las evidencias que ésta nos proporciona, para pasar posteriormente a la deducción de las posibles conclusiones históricas que el análisis de estos materiales nos pueda permitir formular.

Decíamos anteriormente que este período se inicia con la construcción de los palacios. Un palacio cretense se compone de una serie de *insulae* agrupadas en torno a un patio, pero independientes entre sí y poseyendo cada una de ellas una finalidad propia. Así, por ejemplo, en el palacio de Cnossos (ver plano) tenemos que su ala E está constituida por el sector doméstico y en el palacio de

Reconstrucción de la fortaleza de Dímini
(Según Hawkes)

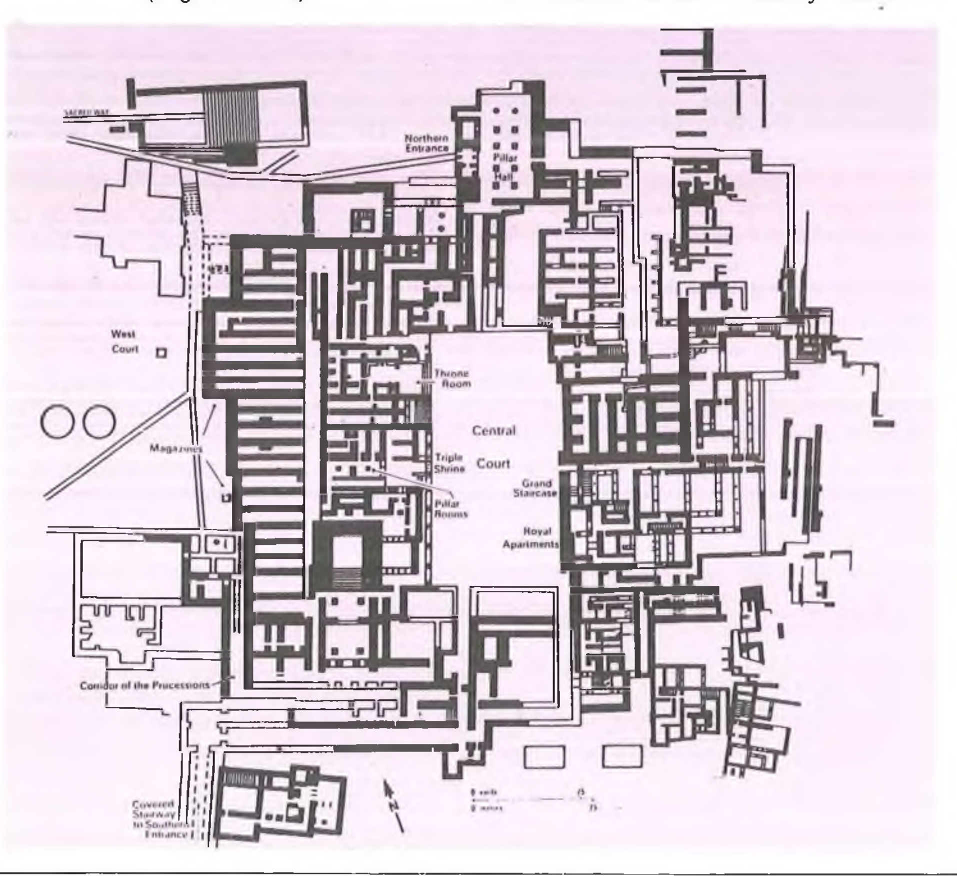


Mallia el área NW la forma la residencia real. En un principio las *insulae* podían estar arquitectónicamente aisladas, pero progresivamente fueron integrándose en un conjunto constructivo. Los palacios cretenses son muy similares a los egipcios y a los del Próximo Oriente. En su construcción algunos de sus elementos derivan de la tradición local minoica, pero sus elementos esenciales lo constituyen las aportaciones orientales. No obstante, estas aportaciones fueron perfectamente asimiladas, puesto que los cretenses supieron darle un sentido nuevo, creando un tipo de arquitectura más orgánica y unitaria que la arquitectura oriental.

Palacio de Cnossos
(Según Hawkes)

En otros campos de la cultura material nos encontramos con que, por el contrario, se mantiene el predominio de las tradiciones autóctonas cretenses. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de las tradiciones funerarias. Persiste en ellas la construcción de sepulcros colectivos circulares: *tholoi,* así como la de las tumbas-templo, pero se produce un incremento en la riqueza de las ofrendas y en la suntuosidad de la construcción: se añaden habitaciones de planta cuadrada a los *tholoi,* para servir como osarios o para llevar a cabo en ellas ceremonias de culto funerario.

Paralelamente a los palacios comienzan a construirse, siguiendo igualmente la tradición local, santuarios rurales y populares, en los que se hallan gran cantidad de ofrendas, como estatuillas de orantes y sacerdoti-



sas, cerámica, etc., que son de un gran interés para el conocimiento de la religión y los cultos practicados en estos lugares. Estos santuarios, que se hallan situados principalmente en las cuevas y en las cumbres de las montañas, poseen además un gran interés sociológico porque nos muestran la existencia de una sociedad rural, que persiste en sus cultos y formas de cultura propias, manteniéndose un poco al margen de los palacios.

Una de las fuentes arqueológicas más ricas para el estudio de cualquier cultura antigua la constituye la cerámica pintada. Mediante su análisis podemos conocer la distribución de los diferentes talleres de alfarero y establecer relaciones que nos permitan deducir la existencia de diferentes tipos de intercambios comerciales, así como una cronología. En este caso podemos observar cómo la utilización del torno de alfarero aparece documentada en primer lugar en la zona Este de la isla de Creta, en la que se elabora una cerámica propia con decoración en blanco con rojo y naranja, ya antes de la aparición de los palacios, siendo difundida posteriormente esta técnica por toda la isla y aplicada por los diferentes talleres.

Hoy en día no es posible establecer claramente las relaciones cronológicas entre los distintos tipos de cerámica, ya que recientes excavaciones han invalidado las conclusiones de A. Evans. Pero la cerámica continúa siendo un documento de gran interés histórico porque nos muestra, a través, por ejemplo, de las vasijas selladas encontradas en el palacio de Festos, el papel económico del palacio y el desarrollo de sus sistemas administrativos.

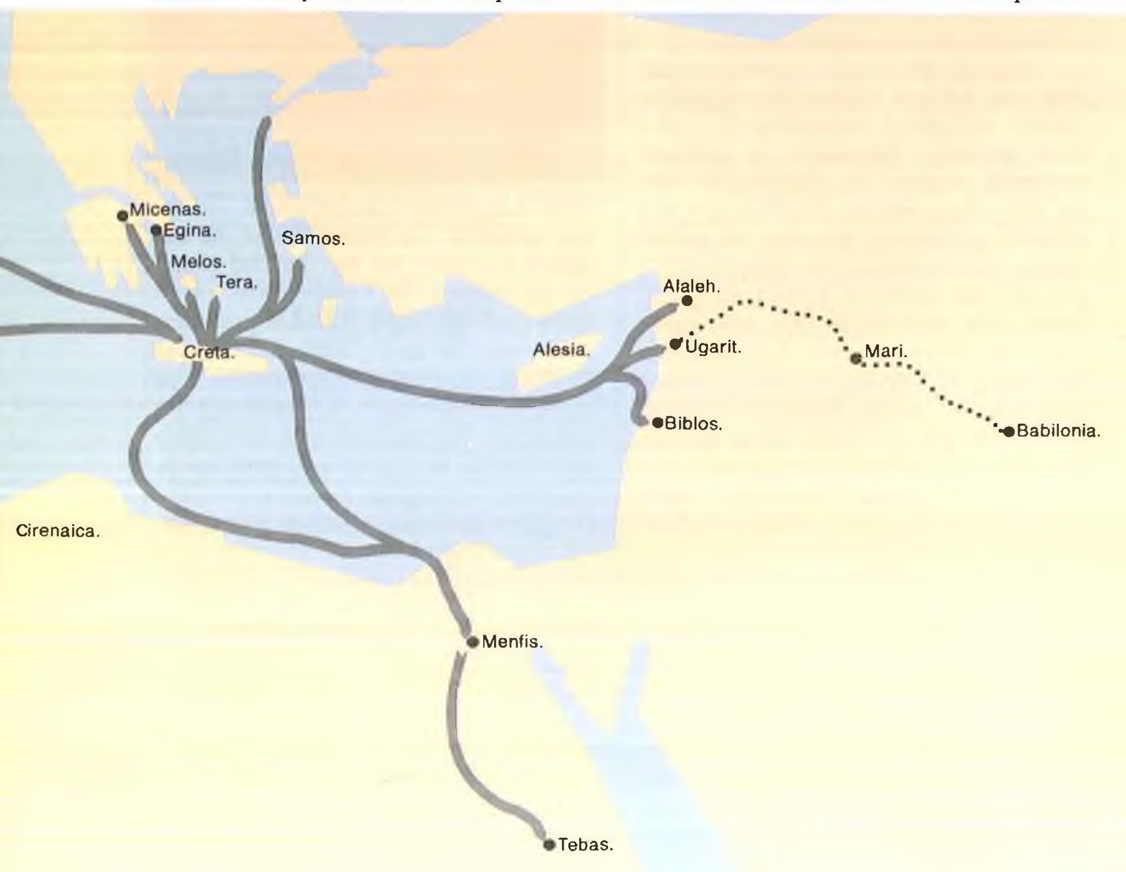
Si sintetizamos todas las conclusiones que es posible obtener partiendo del análisis de estos datos, tendríamos los siguientes resultados, considerados desde un punto de vista estrictamente histórico.

Nos hallamos ante una civilización altamente desarrollada, en la que destaca, en primer lugar, su carácter pacífico. No hay huellas claras de un sistema de fortificación, ni siquiera en las construcciones próximas a la costa, lo que podría indicar que la flota minoica proporcionaba una seguridad suficiente. Y por otra parte nos encontramos con que las repetidas destrucciones de los palacios se deben a terremotos, y no a incursiones, lo que parece indicar la existencia de una situación de estabilidad en el interior de la isla.



Debió existir una monarquía, o por lo menos un poder político centrado en el palacio. Coexisten a la vez distintos palacios en zonas relativamente próximas sin que parezcan producirse rivalidades mutuas, puesto que muchos de ellos están situados en el centro de la isla y no están fortificados (ver mapa). El palacio o el templo, pues según la hipótesis de P. Faure (1973 y 1981) los edificios normalmente llamados palacios serían templos que desempeñarían una importante función económica, a la par que religiosa, actúa como un centro económico regional y está dotado de un sistema administrativo diversificado y complejo. En su interior se almacenan cereales, vino y aceite, junto a una amplia serie de objetos de valor.

Los bienes agrícolas del palacio provienen de los terratenientes, ya que los sellos de la cerámica coinciden en muchos casos con los de las tumbas de tipo *tholos* del valle de Mesara. Los antiguos terratenientes debieron pasar, por tanto, a depender del palacio, constituyendo un grupo nobiliario en torno a él. Cuando se fundan los palacios, o templos, en cualquier caso estas conclusiones seguirían siendo igualmente válidas, se produce una pausa en el desarrollo de la glíptica, lo que indica la readaptación de este grupo al nuevo poder central.



Relaciones y rutas comerciales entre Creta y el Egeo en el Minoico Medio
(Según F. Schachermeyr)

Un problema capital para la comprensión del desarrollo de la cultura minoica la constituye el desarrollo del comercio, que debió estar gestionado directamente por los palacios. En relación con él tenemos por una parte una serie de datos y por otra una teoría de tipo histórico conocida con el nombre de la teoría de la *talasocracia minoica.* Esta hipótesis fue acuñada principalmente por A. Evans y otros arqueólogos británicos que reunieron una serie de datos y los agruparon trasladando inconscientemente sobre ellos el modelo económico del imperio colonial inglés, de carácter comercial y supuestamente pacífico, al igual que el minoico. La teoría posee, sin embargo, un origen mucho más antiguo, ya que se halla ex-

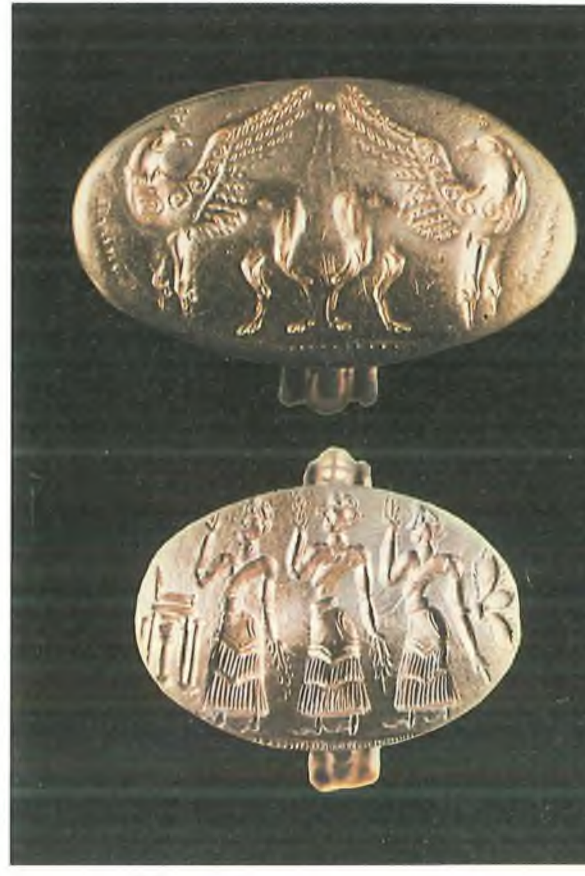
puesta por el propio Tucídides, quien, a su vez, partiendo igualmente del imperio comercial ateniense, concibe el desarrollo de la primitiva historia griega como una sucesión de talasocracias. Sin embargo, en la actualidad, y tras la publicación de un importante artículo de C. G. Starr (1953) y el análisis de los nuevos datos arqueológicos se ha llegado a la conclusión de que esta hipótesis carece de sentido.

En efecto, lo que sabemos del comercio minoico de un modo indiscutible en este primer período es lo siguiente. En primer lugar tenemos registrada la existencia de un comercio con las Cícladas, mediante la presencia de cerámicas minoicas de exportación. Sin embargo, es posible observar que este intercambio no tuvo que ir acompañado de la existencia de una hegemonía política. También se mantiene un comercio con el Mediterráneo Oriental, atestiguado tanto por la presencia de la cerámica como por los posteriores asentamientos y por los propios documentos escritos orientales. Pero se trata únicamente de un comercio de tipo diplomático, de un intercambio de presentes entre diversos príncipes, al igual que ocurre en el caso de las relaciones con Egipto.

Las relaciones entre Egipto y el mundo egeo preheléníco comienzan en torno al 2400 a. J. C. y son muy débiles hasta el año 1800, aproximadamente. Se hallan atestiguadas en los textos egipcios, en los que los cretenses son llamados *Keftiou,* y mediante la presencia de hallazgos arqueológicos, así como por la existencia de evidentes influencias artísticas.

Estas relaciones se mantendrán entre el 1800 y el 1580, ya en el período posterior de desarrollo de los palacios, a pesar de la presencia de los Hyksos en Egipto, intensificándose a partir del 1500 para alcanzar sus máxima intensidad en torno al 1400, cuando los minoicos comenzarán a ser sustituidos paulatinamente por los micénicos.

Estos últimos intercambios comerciales se llevaron a cabo a través de dos rutas: la llamada directa, de Creta a Egipto, únicamente practicable —debido al régimen de los vientos existente en esta parte del Mediterráneo—en este sentido, y la ruta del Este: Creta-Rodas-Chipre-Egipto, practicable en ambos sentidos.



Sellos minoicos con representaciones religiosas
Museo Nacional de Atenas

Egipto importó de Creta plata, oro, lapislázuli, piedras preciosas y obsidiana, así como un remedio medicinal, que no podemos identificar, pero las exportaciones que debió llevar a cabo en contrapartida nos resultan

desconocidas. Las relaciones entre Egipto y Creta fueron pacíficas. En ellas el dominio del mar correspondió a Egipto, y desde un punto de vista histórico global poseyeron una importancia escasa. Ni Creta tuvo grandes influjos egipcios ni las influencias minoicas sobre Egipto fueron de gran importancia, ya que se limitan a la mera copia, por parte egipcia, de la decoración de vasos y tejidos. Este tipo de comercio poseyó, pues, al igual que los anteriores, un carácter diplomático. Mediante él Creta consiguió incluirse en el conjunto de las altas culturas del Mediterráneo Oriental, sin enfrentarse con ninguna de ellas, ya que no pretendió poseer ningún dominio terrestre y su predominio marítimo fue muy limitado.

Por último, por lo que respecta a la religión minoica durante esta fase histórica podemos distinguir en ella dos tipos de cultos: los oficiales, centrados en torno al palacio, y los populares, organizados en torno a los santuarios rurales. En ninguno de los dos casos se puede hablar de un culto tributado a una gran diosa-madre, que correspondería a una cultura pacífica y de carácter matriarcal, según la teoría de Evans, sino por el contrario, y como ha demostrado P. Faure en sus distintos trabajos, de la existencia de un panteón politeísta.

Conocemos determinados tipos de símbolos cultuales, como el árbol, el pilar de culto y los cuernos de consagración, y poseemos, en la glíptica, representaciones de escenas de carácter religioso como apariciones o epifanías de la divinidad, que tienen lugar en criptas o al aire libre, apareciendo la misma ya sea en forma humana o como pájaro. Pero todos estos elementos seguirán siendo de muy difícil interpretación mientras no se logre descifrar la escritura Lineal A. La religión minoica es para nosotros, como indicó uno de sus mejores analistas, Ch. Picard: «un libro de imágenes sin texto y por ello nos resulta imposible llevar a cabo su lectura».

Sello minoico con representaciones religiosas
Museo Nacional de Atenas



3. Período palacial tardío (1700-1400 a. J. C.)

En torno al año 1700 tiene lugar la destrucción, debida a los efectos de un terremoto, de una gran parte de los palacios minoicos. Estos palacios pasarán, sin embargo, a ser reconstruidos, produciéndose de este modo, arqueológicamente hablando, el tránsito del Minoico Medio II al Minoico Medio III. A lo largo de este período se sucederán nuevos terremotos y reconstrucciones de los palacios. Pero estas reconstrucciones no implicarán la existencia de cambios históricos o culturales; el cambio histórico vendrá

marcado por el desarrollo de los contactos del mundo minoico con la Grecia Heládica.

A nivel arqueológico podemos observar cómo se producen una serie de cambios en la construcción de los palacios, incrementándose, por ejemplo, el número de almacenes. La construcción se vuelve más compleja, se perfeccionan los sistemas de drenaje del agua de lluvia, por ejemplo, y a nivel general se mejora en la arquitectura la correlación entre el interior y el exterior de los edificios.

Los palacios se rodean de una serie de casas aristocráticas, que podemos conocer en Cnossos y Mallia, y que suelen imitar sus caracteres arquitectónicos, aunque, naturalmente, a una escala mucho más modesta. Y por otra parte ahora conocemos verdaderas *ciudades,* habitadas por artesanos, campesinos, marineros y pescadores, en el caso de las ciudades costeras. En una de ellas, Gurnia, se ha hallado un lugar para la celebración de asambleas, lo que parece indicar la importancia política de este tipo de instituciones, y un pequeño palacio de su gobernador, lo que nos indicaría claramente la forma de gobierno de la ciudad.

Las ciudades alcanzarán un desarrollo urbanístico notable: sus calles están pavimentadas y sus casas poseen de dos a tres pisos, lo que indica que en este período se produjo un notable desarrollo de la cultura material. Otros aspectos de esta cultura alcanzaron igualmente un notable desarrollo. La pintura al fresco, por ejemplo, llega ahora a su período de plena madurez, y lo mismo ocurre con la cerámica, decorada con flora y fauna marinas, la glíptica, etc...

Desde el punto de vista histórico cabe señalar cómo continúan desarrollándose, evidentemente, los papeles económico, administrativo y político de los palacios. En ellos es posible que el rey asumiese una función sacerdotal, lo que sería evidente de ser esos edificios templos, como pretende Faure, basándose en su proximidad en algunos de los casos, puesto que sería absurda la duplicación de palacios en la misma zona; pero en cualquier caso y sea quien fuere el que en ellos ejerciese el poder, lo hizo basándose en el apoyo de una clase nobiliaria, cuyos pequeños palacios conocemos en Cnossos y Mesara.

La nobleza poseía, por su parte, sus propios dominios rurales, en los que debió ejercer su poder, no sabemos si de una forma independiente o por delegación real, aunque en algún caso, como el de la ciudad de Gurnia, parece claro que el gobernante local es un delegado del rey.

Los demás aspectos de la sociedad minoica nos resultan muy mal conocidos. No sabemos nada acerca del status social o político de los habitantes de las ciudades. Y aunque las mujeres aparecen profusamente representadas en la pintura de los palacios, de ello no puede deducirse, como se hace a veces, que por ese motivo hubiesen debido tener un papel preponderante en el seno de la sociedad minoica.

No sería correcto retrotraer la información dada por las tablillas del Lineal B procedentes del palacio de Cnossos a la época minoica, pero sí podemos afirmar que es evidente que en esa época el palacio poseía igualmente un sistema de archivos y una compleja organización administrativa, cuyo funcionamiento todavía nos resulta imposible conocer, quizá porque una parte de sus documentos se re-

Sello minoico con representaciones religiosas
Museo Nacional de Atenas





Sellos minoicos con representaciones religiosas
Museo Nacional de Atenas

dactasen en papiros, y por ello se han perdido, y dado que el Lineal A continúa todavía sin descifrar. De todos modos puede suponerse, sin riesgo de error, que el palacio recibía cereales, aceite y especias como tributo y que, a su vez, los redistribuía entre sus artesanos, funcionarios y esclavos, tanto como materias primas —aceite y especies vegetales para la fabricación de perfumes— como en concepto de salario.

Los palacios poseían sus propios talleres de tejidos, cerámica y trabajo de la piedra. Actuaban como centros económicos de una región agrícola y como canalizadores del comercio, lo que puede explicar la gran cantidad de almacenes que poseen los mismos en estos momentos.

A nivel comercial se mantienen, como habíamos indicado para el período anterior, las relaciones con Egipto, mientras va disminuyendo la intensidad de las relaciones con el mundo Mediterráneo Oriental, y concretamente con Siria y Chipre, a la vez que se incrementa la densidad de los contactos con las costas anatolias.

En el terreno religioso, como es de suponer, dado el carácter estable de este tipo de fenómenos, no se introducen cambios fundamentales con respecto al período anterior. Por el contrario, se observan cambios de esta naturaleza en el desarrollo de la armería ofensiva y defensiva, con la mejora del armamento y la introducción del carro de guerra. Hechos éstos que poseerán un gran interés histórico, ya que indican la existencia de un incremento de la inseguridad general y un deterioro de las condiciones sociales.

El desarrollo de esta inseguridad está en estrecha correlación con la existencia de una serie de cambios políticos que van a tener lugar en la esfera internacional, y en relación con los cuales debemos poner al fenómeno de la expansión micénica por el Mediterráneo, de la que luego hablaremos. Los micénicos comenzaron a desplazar a los minoicos en los intercambios comerciales de toda esta área y llevaron a cabo un proceso de expansión que culminará con la propia ocupación del palacio de Cnossos. Esta ocupación no parece haber sido violenta, sino que más bien da la impresión de que los micénicos, aprovechando la confusión producida por el terremoto del año 1500 a. J. C., causado por la explosión del volcán de la isla de Thera (Santorini), y que poseyó una enorme virulencia, pudieron haber ocupado el palacio. De ser ello así, su destrucción posterior, que tendría lugar en el año 1380, tendría que haber sido provocada por una revuelta, pero en ambos casos estamos meramente ante hipótesis. Pero, sea ello como fuere, lo que sí está claro es que los palacios cretenses dejarán de existir a partir de esa última fecha, llevándose consigo el recuerdo de la cultura que los vio nacer y dejando, además de las aportaciones artísticas y de un sistema de escritura, quizá un vago recuerdo de su existencia reflejado en algunos mitos griegos agrupados en el ciclo del rey Minos.

De ahora en adelante el papel preponderante corresponderá en el mundo egeo a los griegos continentales; pasemos pues a estudiar el origen de su cultura.

II. Grecia en la Edad del Bronce

Ya habíamos indicado el carácter convencional de todas las delimitaciones entre etapas históricas, pero si hay una época en la que este problema se plantee con toda su gravedad, ésta puede ser, dentro del marco de la historia griega, la fecha con la que tendremos que fijar el comienzo de esa historia. Hemos escogido para ello un período casi un milenio anterior a los comienzos del segundo milenio, el de los inicios de la Edad del Bronce o de las culturas heládicas, saltándonos de este modo nuestros límites cronológicos, porque consideramos que los cambios transcurridos en él poseen una significación mucho mayor que aquellos que tendrán lugar en el tránsito del Heládico Primitivo al Heládico Medio, fecha en la que últimamente se suele situar mayoritariamente la llegada de los griegos a la Hélade. Veamos, pues, cuáles fueron esos cambios.

1. El Heládico Primitivo y sus problemas históricos

Al comenzar el estudio de la Edad del Bronce nos hallamos con que hemos pasado, arqueológicamente hablando, del Neolítico a la Edad de los Metales. La transición de la primera de estas etapas hasta la segunda fue más bien una evolución continua y sin interrupción, que tendrá lugar a partir de la última fase del Neolítico Tardío y en realidad el cambio que irá a suponer será de una importancia económica y social mucho menor que el paso del Paleolítico al Neolítico, ya que, aunque hubo una serie de cambios de cierta importancia económica, no se produjo sin embargo una transformación radical en todos los sistemas de producción.

La primera innovación con que nos iremos a encontrar la constituirá, evidentemente, el *uso de los metales,* que dará lugar a un cambio tecnológico que propulsará a su vez otros de tipo económico, social, e incluso intelectual.

La metalurgia no surgió en un momento determinado al aplicarle el fuego a una serie de minerales, sino que los minerales metálicos fueron en un principio apreciados y utilizados como piedras. El primer metal en ser trabajado será el cobre, precisamente por ser el metal nativo más común y porque se halla fácilmente en la superficie. El cobre será utilizado en el Próximo Oriente simplemente martillado y templado ya desde el séptimo milenio, y posteriormente comenzará a evolucionar su fundición y los procesos de su tratamiento, hasta que,

Emplazamientos del bronce temprano en Grecia e islas del Egeo

mediante su aleación con el estaño, se consiga elaborar un auténtico bronce.

La difusión del uso del bronce en el Heládico Primitivo impulsó toda una serie de transformaciones económicas y sociales. En primer lugar, favorecerá aún más el proceso de divi-



sión del trabajo, y también permitirá la mejora de una serie de técnicas, sobre todo en el campo de la guerra y la fabricación de objetos de lujo, ya que, al menos en un principio, la agricultura no se verá mejorada en absoluto por la difusión de las técnicas del metal. No será, por el contrario, éste el caso de otras técnicas, como la arquitectura o la construcción naval, en las que la introducción de las herramientas de bronce supondrá un beneficio directo gracias a la mejora de las técnicas de carpintería.



Junto al cobre se introducirán a la vez el plomo en Grecia y el Egeo, muy útil para la elaboración de remaches, porque posee un punto de fusión muy bajo (327° C), y la plata.

La metalurgia llegará al Egeo desde fuera, pero muy pronto comenzaría a desarrollarse siguiendo un camino propio y con sus propios tipos metálicos. Durante el Heládico Primitivo el cobre, mezclado o aleado con ciertas cantidades de otros metales, pero no con estaño, se utilizaría para la fabricación de diferentes tipos de armas y de vasos metálicos. Pero también se elaboraron con él anzuelos y otra serie de herramientas que beneficiarían a producciones como la de los tejidos y el curtido.

Los trabajadores del metal fueron desde un principio sedentarios. En un principio los vemos formando asentamientos independientes, pero en una fase posterior pasarán a estar plenamente integrados en los palacios micénicos. La metalurgia entrará además en competencia con otras artesanías tradicionales, como las industrias del trabajo de la piedra o el hueso, e incluso con la cerámica, lo que demuestra su impacto económico, pero es que, además en este terreno, su trascendencia será enorme debido a que posibilitará la acumulación y el transporte de riquezas, favoreciendo consecuentemente el desarrollo del bandidaje y la piratería en el Egeo.

Pero también a nivel agrícola se introducirá en Grecia un cambio importante a comienzos de la Edad del Bronce, gracias a la introducción del cultivo de los árboles frutales, entre los que habría que destacar la *vid* y el *olivo*, dos de los tres pilares de la agricultura micénica y griega poste-

rior —el otro elemento lo constituirá el trigo—, aunque el cultivo del segundo de esos árboles únicamente llegará a establecerse de un modo definitivo en las Edades del Bronce Medio y Tardío. También se intensificará el cultivo de la higuera, aunque este árbol ya era conocido en el Neolítico Tardío.

Durante el Heládico Primitivo podemos distinguir en Grecia diferentes áreas culturales. La primera de ellas la constituye Macedonia. Se halla esta región dividida en dos subáreas, la del Norte, en donde perdura la tradición neolítica, y la del Sur, en la que se producirá el asentamiento de un nuevo pueblo, portador de una cultura similar a la minorasiática de la zona de Troya y que formará la cultura conocida con el nombre de Bubanj-Hum. El pueblo portador de esta cultura conocerá ya la domesticación del caballo, que en el resto de Grecia sólo será utilizado a partir del Bronce Medio, y a los que se suele dar del tipo de cerámica barnizada conocido con el nombre de cerámica miniana, a la que tradicionalmente se suele asociar con el problema de la llegada de los griegos. El uso del caballo, de este tipo de cerámica y de las tumbas de túmulo similares a los llamados *kurganes* hace que estas poblaciones aparezcan en cierto modo como antecesoras de lo que serán los pueblos que se instalarán posteriormente en Grecia durante la Edad del Bronce Medio, y a los que se suele considerar ya como greco-parlantes.

Beocia. Es una región que sirve como muestra de aquel tipo de zonas del continente griego en las que el Neolítico y la Edad del Bronce se suceden sin que se produzca ruptura alguna, al igual que ocurrirá en la isla de Eubea y en la Lócride y la Fócide, diferenciándose por ello de otras zonas como el *Atica,* en la que se puede observar cómo se asientan sobre las poblaciones neolíticas grupos de procedencia extraña.

En el *Peloponeso* será necesario distinguir durante este período diversas zonas. En la parte noreste, el Neolítico y el Bronce también se sucederán sin violencia. La evidencia arqueológica demuestra que el desarrollo cultural fue gradual y pacífico durante la Edad del Bronce Primitivo, y que este período terminó violentamente con las incursiones de poblaciones que darán lugar a las culturas del Heládico Medio. En el Norte y el centro del Peloponeso, en *Acaya* y en la *Arcadia,* también se inicia este período en continuidad con el anterior, pero en esas regiones cabe destacar las intensas relaciones que van a mantener con el mundo de las islas Cícladas. Por último, *Mesenia* será una región del Peloponeso dotada de un gran interés, fundamentalmente porque ha sido muy bien estudiada. En ella podemos observar del mismo modo la existencia de la misma continuidad cultural entre el Neolítico y la Edad del Bronce, y sobre todo cómo —y esto es lo más importante— los yacimientos del Heládico Primitivo se sitúan en las llanuras costeras, buscando el tipo de suelo ideal para el cultivo del grano y la vid.

Considerando globalmente todos los hechos y las regiones podríamos decir que en la mayor parte de ellas predomina la continuidad sobre la ruptura en relación con el período anterior, por lo que sus orígenes no parecen poder explicarse por la llegada de importantes contingentes de población de procedencia exterior.

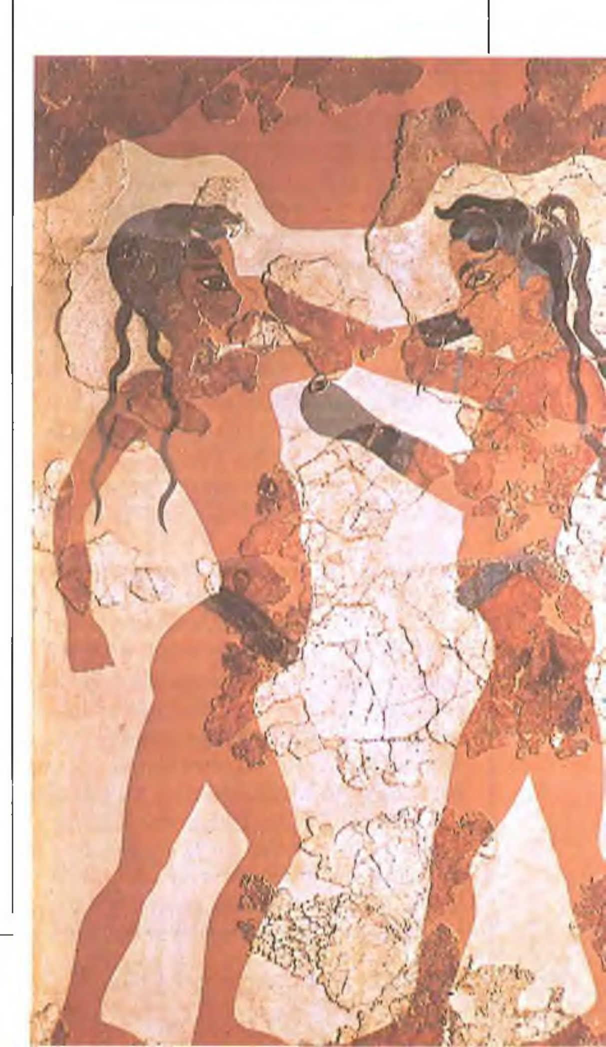
Durante el Heládico Primitivo se logró alcanzar una especie de unidad cultural en el Egeo. Durante sus comienzos se superpuso en algunas áreas sobre los pobladores neolíticos otro pueblo que conocía el uso de las armas y los instrumentos de cobre, y al que quizá quepa atribuirle la responsabilidad del cultivo y la introducción de los árboles frutales citados, pero junto a la tecnología del metal continuó perviviendo la de la piedra y

el hueso y del mismo modo continuaron subsistiendo las poblaciones anteriores, cuyas relaciones con los recién llegados nos resultan desconocidas, ya que, como hemos visto, no parece haber ruptura en la sucesión de este período y el que le precede en la mayor parte de Grecia.

La primitiva sociedad heládica debió poseer una estructura similar a la de la sociedad neolítica, ya que los sistemas productivos de ambas son muy semejantes, y lo mismo debió ocurrir con sus instituciones. En ambos casos la guerra y los grupos de guerreros debieron desempeñar un papel relevante, dadas las preocupaciones defensivas que ponen de manifiesto la localización y las plantas de los poblados. Y es posible que la utilización del metal favoreciese la formación de comunidades de guerreros más cerradas, por ser las armas metálicas objetos de gran valor únicamente accesibles a los miembros más ricos o poderosos de las comunidades. Y quizá este mismo fenómeno favoreciese aun más el desarrollo de las jefaturas —cuya existencia es probable en el Neolítico si interpretamos las casas de tipo *megaron* de los poblados como residencias— que ahora pueden ya verse claramente atestiguadas en las tumbas de la cultura macedonia de Bubanj-Hum, en las que podemos ver cómo esos guerreros, además de ser los poseedores, quizá exclusivos, de las armas de metal, son también los propietarios de los caballos.

Tenemos pues que, no sólo a nivel arqueológico, sino también a nivel económico y social, el grado de continuidad existente entre el Neolítico y la Edad del Bronce Primitivo es mucho mayor que el índice de ruptura. Sin embargo, algunos autores tienden a identificar a esos pueblos recién llegados con los primeros griegos, como ocurre con el caso de Chadwick (1972), Hainworth y MacQueen (1972), basándose en que la indoeuropeización debió requerir un período amplio para su realización y también porque habría sido igualmente necesario un amplio período para que, desde el momento en el que se hubiesen asentado en la Hélade los antepasados de los griegos, pudiera haberse formado su lengua, tras ser influenciados estos pobladores por las poblaciones indígenas preexistentes. Diversos arqueólogos se han sumado también a esta hipótesis sosteniendo que esas nuevas oleadas serían de pueblos indoeuropeos pertenecientes al grupo denominado genéricamente como «luwitas».

Fresco de «Los boxeadores» de una casa de Tera
Museo Nacional de Atenas



2. El Heládico Medio y sus problemas históricos

Así como el Heládico Primitivo se iniciaba con dos transformaciones económicas de cierta importancia: la introducción de los metales y del cultivo de dos de los productos básicos de la agricultura mediterránea, al llegar a los orígenes del Heládico Medio nos encontraremos con que en estos terrenos no se producirá ninguna innovación radical, sino que, a nivel socioeconómico, predomina una gran continuidad.

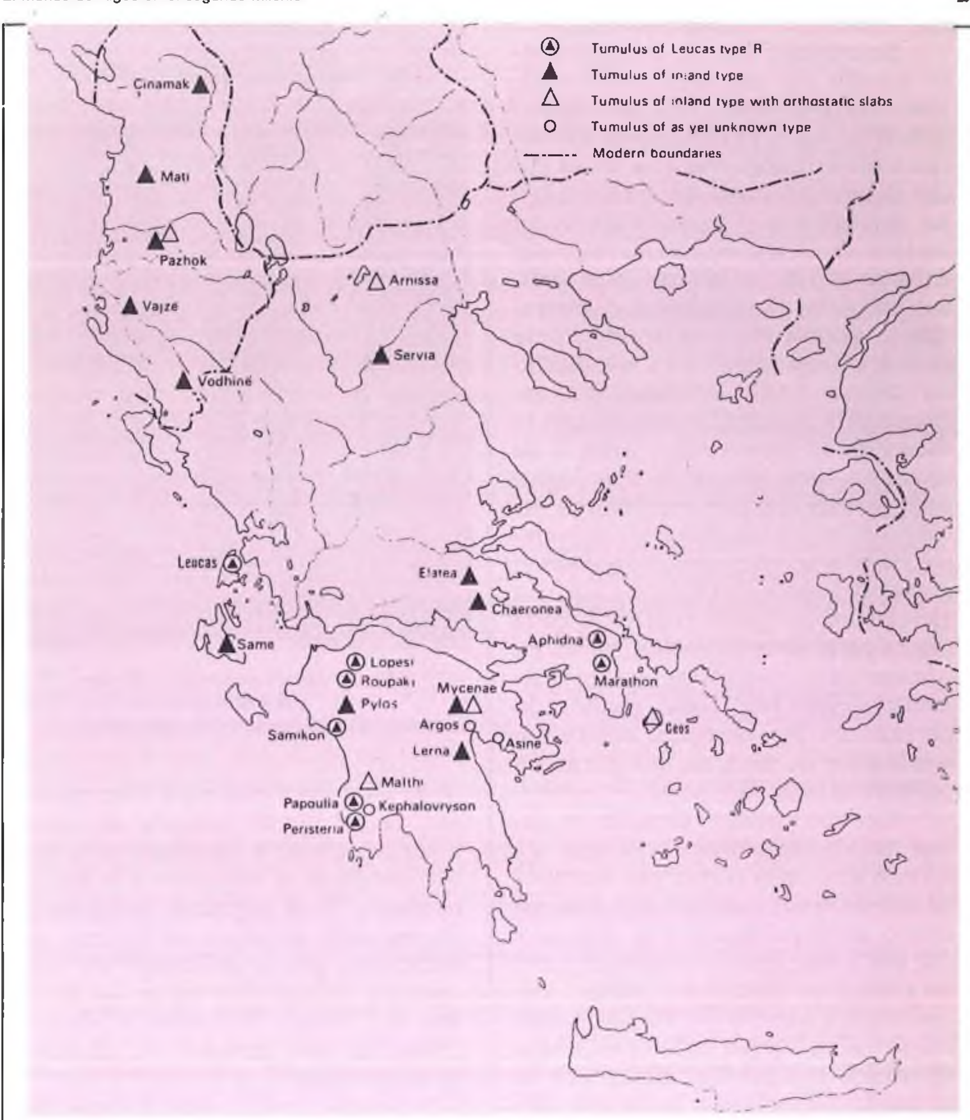
En efecto, si comenzamos por lo que se refiere a la arquitectura y a los asentamientos, e incluso a los modos de enterramiento, tendremos que todas las características del Heládico Medio ya están presentes en la última fase del Heládico Primitivo, llamada HP-III, ocurriendo lo mismo con la cerámica, ya que será en esa fase, en torno al 2200 a. J. C., cuando aparezca en Grecia la llamada cerámica miniana que habíamos visto ya presente en Bubanj-Hum. Los cambios que sobrevendrán en este período no serán exclusivos de Grecia, sino que simultáneamente aparecerán fenómenos similares en las Cícladas, Creta y el Sur de Italia, así como en la zona de la cultura de Baden, por lo que muchos autores han querido relacionar este cambio histórico con la llegada al Mediterráneo de los pueblos indoeuropeos.

En la Edad del Bronce Media continuará existiendo en Grecia una clara diferenciación regional. Si comenzamos nuestro recorrido por *Macedonia,* podremos observar cómo en los comienzos de este período se interrumpe el contacto entre esta región y el Sur de Grecia, mientras que, por el contrario, se mantienen los contactos con el área de los Balcanes. Por otra parte surgirá un nuevo tipo de cultura en la que se diferenciarán dos áreas: la de la Macedonia Central y Occidental. En la primera de ellas continúa su desarrollo la anterior cultura de los túmulos, mientras que en la segunda surgirá otra cultura similar, pero se caracteriza por poseer enterramientos en túmulos colectivos, que suelen acoger de uno a veinte cadáveres. La aparición de esta cultura debe ponerse en relación con la llegada de un nuevo grupo de posibles griegos invasores que, marchando a lo largo de la costa del Épiro, alcanzará el golfo de Corinto, en el que se bifurcacará en dos direcciones: Sur y Este. Los nuevos invasores irán apoderándose del poder en las regiones en las que se asienten, gracias a la superioridad militar que les confería el manejo del caballo y el carro de guerra.

En el seno de este pueblo invasor existía una clarísima división entre gobernantes y el resto de la población, sus seguidores. Únicamente los primeros de entre ellos eran enterrados en túmulos con sus armas, joyas y máscaras funerarias, mientras que en las tumbas de sus seguidores sólo aparecen amuletos y armas de otras características, consideradas como inferiores a nivel honorífico, como son los arcos, cuya desvalorización continuará persistiendo a lo largo de toda la historia griega, e incluso también se encuentran en estos modestos ajuares un tipo diferente, mucho más pobre, de cerámica.

Este pueblo, o grupo de pueblos, que serán originarios de la cultura de los *kurganes,* penetrará en la península griega en el Heládico Medio. En un primer momento permaneció en el Épiro durante unos setecientos años, y tras asimilar a la población allí preexistente, irá desplazándose en sucesivas oleadas y durante un amplio período de tiempo hacia el Sur.

Al igual que ocurría en el período anterior, también en este caso otra región, Mesenia, tendrá para nosotros un gran interés por haber sido cuidadosamente estudiada desde el punto de vista arqueológico. En ella



podemos observar cómo todas las áreas en las que se había dado una importante concentración de población en el Heládico Primitivo continúan habitadas durante el Heládico Medio. En la región se produce un manifiesto incremento de la población y se fundan una gran cantidad de ciudades, concentrándose los asentamientos en torno a núcleos muy concretos, como en el entorno de la ciudad de Pilos, que más tarde será la capital de un conocido reino micénico.

Distribución de túmulos del Heládico Primitivo y Medio
(Según N. G. L. Hammond)

Se produce a la par un incremento notable de las áreas cultivadas, junto, curiosamente, con un cambio radical de estos pueblos hacia sus vecinos del exterior, como indica el hecho de que los poblados comiencen a ser amurallados y a estar situados en lugares de difícil acceso. Esto pudo deberse a que se hubiese producido una situación de inestabilidad generalizada, provocada por el aflujo de grupos de invasores, pero este hecho no parece hallar confirmación arqueológica y además contrasta con la situación de prosperidad general de la región, por lo que lo más lógico será suponer que tuvo que haberse debido a otras razones, como, por ejemplo, a que en esos poblados viviesen grupos de población minoritarios, que ejercían algún tipo de control sobre la mayor parte de la población, y que, en consecuencia, vivirían en lugares fácilmente defendibles como medida de precaución. No obstante, carecemos igualmente de pruebas que permitan comprobar esta hipótesis.

Mesenia puede tomarse como una región arquetípica, ya que en el resto de Grecia parece producirse el mismo proceso, marcado por el incremento de la población y la riqueza y por una solución de continuidad entre los Heládicos Primitivo y Medio. Yacimientos y tumbas del Heládico Medio se extienden por todo el continente griego, y es posible, basándose en su análisis, generalizar como paradigma el modelo de evolución que hemos trazado para Mesenia.

Desde el punto de vista de la economía también se produce continuidad entre el Heládico Medio y su período precedente. Sólo cabe notar que se incrementa el cultivo de la vid y el olivo, y en Macedonia la cría del caballo por parte de la aristocracia militar.

Por lo que a la demografía se refiere podemos afirmar que en la Grecia de la Edad del Bronce se dieron dos modelos demográficos. El primero de ellos lo constituye el caso mesenio, en el que se produce un crecimiento continuo y sostenido de la población desde el Neolítico a la época micénica. Y el segundo, aplicable a las regiones del norte de Grecia, se caracteriza por la existencia de una recesión demográfica entre las Edades del Bronce Primitivo y Medio, producida por factores de carácter político-militar.



Fresco de «El pescador» de una casa de Tera
Museo Nacional de Atenas

Gracias a las excavaciones de Lerna podemos deducir la existencia de una elevada tasa de fertilidad —tres o más partos por mujer son deducibles del análisis de las pelvis—, así como una elevada mortalidad infantil, característica de todos los regímenes demográficos anteriores al siglo XIX, junto con la presencia de algunas enfermedades endémicas, como la artritis y las caries. Así pues, el incremento demográfico se llevó a cabo en una sociedad de rudimentaria tecnología y en la que, como señala O. T. P. K. Dickinson (1977), la dieta alimenticia

era muy pobre, sobre todo en carne, si establecemos la comparación, por ejemplo, con el mundo minoico contemporáneo.

Desde el punto de vista social cabe destacar, en Macedonia, la ascensión de una clase guerrera en cuyas manos se concentra la riqueza que podemos ver reflejada en los túmulos funerarios, y en menor grado, el mismo proceso de estratificación social se desarrolla en el resto de Grecia, aunque de una forma mucho menos intensa. La naciente clase militar se agrupaba en unidades de tipo familiar, a las que podríamos llamar clanes, y cuyos miembros podrían ser enterrados en un mismo túmulo, pero nada sabemos de la organización concreta de sus grupos de parentesco, como, por ejemplo, si en esa nobleza bélica se producía la elección de los jefes entre sus camaradas o la sucesión por primogenitura.

Junto al grupo de los aristócratas guerreros existió otro, el de sus seguidores, constituido por las clases productivas que también nos son conocidas a través de sus tumbas. Y es probable que junto a estos dos grupos existiese otro formado por sacerdotes, chamanes o algún otro tipo de personajes sacrales, pero ello no deja de ser más que una hipótesis.

Por último y en lo que a la religión se refiere y dejando aparte algunas hipótesis mal fundadas, únicamente podremos afirmar que esa religión, que nos es prácticamente desconocida, debió continuar también siendo bastante similar a las de las épocas anteriores.

El Heládico Medio suele ser considerado como un hito importante en la historia griega por dos razones. En primer lugar, porque a partir de él ya no es posible tratar arqueológicamente al continente griego y a Creta y las Cícladas como una unidad, pues la Grecia continental seguirá un camino propio. Y por otra parte, porque una gran cantidad de lingüistas y arqueólogos tienden a situar claramente la llegada de los «griegos» en este período, identificándolos con esos pueblos portadores de la cerámica miniana, el carro de guerra y los caballos, elementos todos ellos característicos de las primitivas culturas indoeuropeas.



Cabeza de marfil de un guerrero,
procedente de Micenas
Museo Nacional de Atenas

Conviene destacar, sin embargo, en relación con este último problema, que no es una cuestión de importancia histórica capital el establecimiento de la «fecha» de la llegada de los griegos, ya que, como ya habíamos indicado, en gran parte se trata de un falso problema, puesto que lo importante no sería saber cuándo esos «griegos» llegaron, sino cómo se formaron como pueblo. En ese sentido cabría afirmar que está claro que, si algo así como la «llegada» tuvo alguna vez lugar, no debió ser después de esta época, ya que el desarrollo de una cultura como la micénica requiere de un período de formación considerablemente amplio. Veamos, pues, como se produjo el surgimiento de esa cultura.

3. El surgimiento de la cultura micénica

Estudiar el nacimiento y desarrollo de una cultura determinada supone resolver, evidentemente, un gran problema histórico. Se trata de determinar qué agentes o qué fuerzas consiguieron llevar a cabo la transformación de una realidad preexistente, para permitir el florecimiento de una sociedad y una cultura cualitativamente diferentes. El problema es grave y por ello será preciso utilizar todo tipo de recursos con el fin de elaborar una hipótesis satisfactoria. Y precisamente fue la gravedad del asunto la que ha llevado a muchos historiadores a poner en juego materiales de dudosa fiabilidad histórica, como las leyendas, y aventurar una amplia gama de hipótesis, por lo cual la prudencia nos impondrá el camino a seguir, si pretendemos evitar algunos de estos excesos.

Comenzaremos, pues, por analizar la evidencia arqueológica, que es la única que en estos momentos nos puede proporcionar una base documental sólida para, a continuación, discutir las diferentes hipótesis que se han ido elaborando para resolver los problemas históricos que plantea el nacimiento, expansión y fin de la cultura micénica.

3.1. El Heládico Tardío I, II y III A

Durante este período, al igual que en los que le precedieron, no existió unidad cultural alguna en el continente griego, por lo que se impondrá de nuevo la elaboración de un análisis regional.

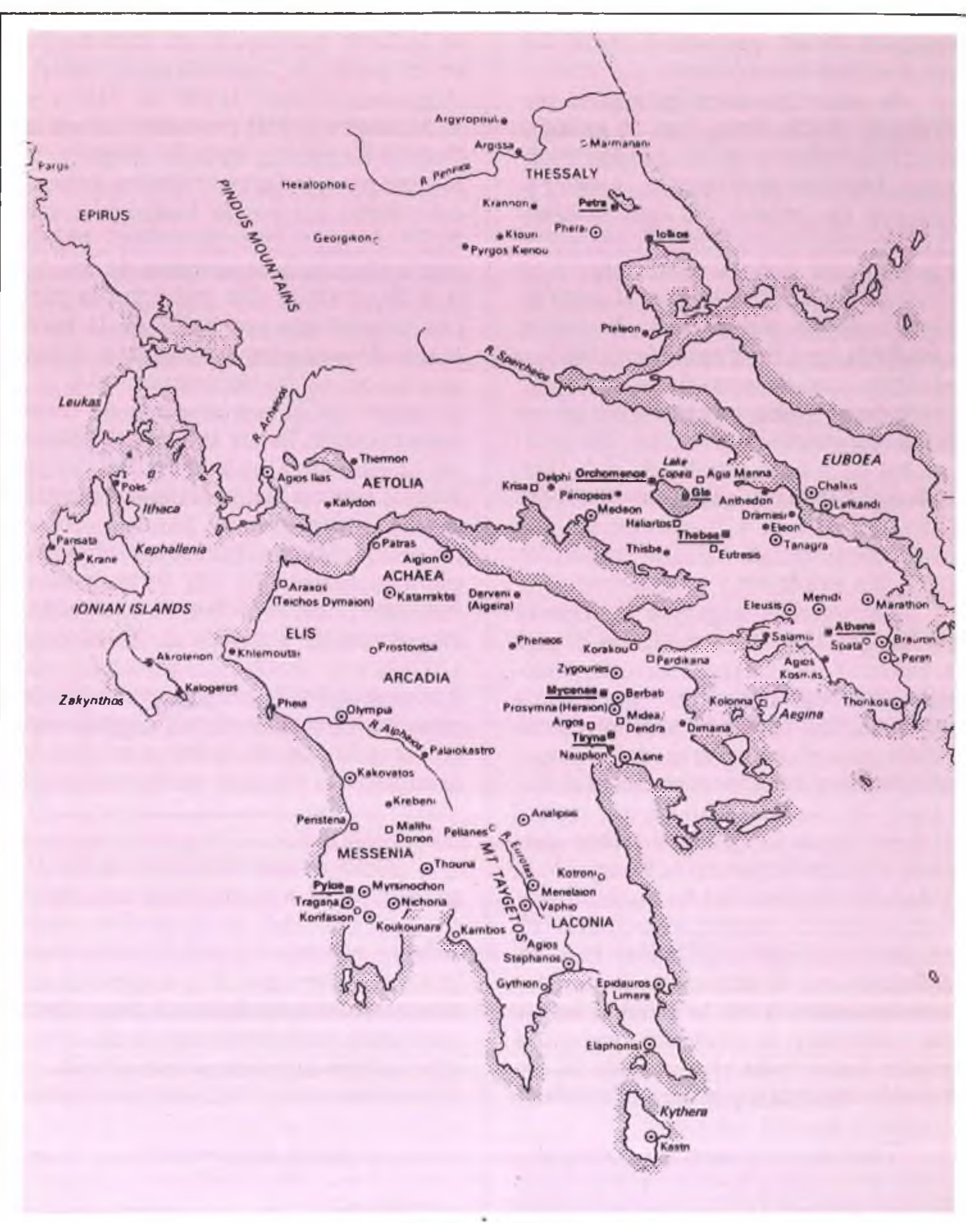
Comenzaremos por *Macedonia.* Como señala Hammond (1972), durante este período la Macedonia Central y la Calcídica permanecieron aisladas de la Macedonia Occidental. El hecho histórico más significativo lo constituirá el contacto de la región con la cultura micénica, contacto que tendrá lugar en dos fases sucesivas, de 1350 a 1200 y de 1200 a 1125.

A partir de estos momentos Macedonia se constituirá como una región marginal con respecto al sur y centro de la Hélade, adquiriendo la fisonomía que le será propia en la historia griega posterior, y por este motivo nos veremos obligados a abandonar su estudio.

Mesenia. En contraste con Macedonia, adquirirá Mesenia a partir de este momento una particular brillantez. Continúa en ella el incremento demográfico y la fundación de nuevos núcleos de población, que irán a desarrollar su vida junto a los provinientes del Heládico Medio. De acuerdo con los resultados de los trabajos de Mac Donald y R. H. Simpson (1973) conocemos 199 yacimientos de este período, frente a los 105 del período anterior, lo que supone un crecimiento del 89,5 %, de lo que podemos deducir que la población de Mesenia en el siglo XIII debió de triplicar, aproximadamente, a la del siglo XVII a. J. C.

La transición del período anterior al presente se llevó a cabo de una forma totalmente pacífica, puesto que de los 105 poblados mesoheládicos conocidos, sólo ocho son abandonados en el Heládico Tardío, y ello debió ser originado probablemente por la atracción que el palacio de Pilos ejerció sobre la población circundante.

En las restantes regiones de Grecia podemos establecer dos tipos de evolución histórica. En primer lugar, tenemos aquellas regiones que como la Argólida o Beocia fueron el centro de un poder micénico importante, que seguirán el modelo de desarrollo mesenio. Y en segundo lugar, aquellas otras que no fueron incorporadas al ámbito de la civilización micénica, o que, si lo fueron, fue de un modo muy débil, quedando a partir de este momento en una situación marginal,



La Grecia Micénica
(Según R. Hope Simpson)

■ Ciudades o palacios
□ Otros lugares fortificados
⊙ Otros yacimientos o tumbas importantes
● Yacimientos de menor importancia o no excavados
○ Otras tumbas

regiones de las que podría servir como modelo Macedonia.

A estos modelos genéricos podríamos añadir otro, que se aplica a aquellas regiones en las que los micénicos llegarán tardíamente, y que serán por ese motivo las que mantendrán la continuidad de la civilización micénica en épocas posteriores a la destrucción de la misma en el resto de Grecia, como, por ejemplo, la *Acaya,* estudiada por E. Vermeule (1960), o el *Ática,* que desempeñará un importante papel como receptora de los refugiados micénicos, como ha sido puesto de relieve por V. R. d'A Desborough (1964), y que, como ha señalado Per Alin (1962), mantendrá una gran continuidad cultural entre los períodos micénico y geométrico.

En aquellas regiones de Grecia en las que la cultura micénica llegará a alcanzar un cierto desarrollo podemos observar cómo los yacimientos del Heládico Tardío se van incrementando con el transcurso del tiempo, siendo los más numerosos los del Heládico Tardío III, seguidos por los del II y el I, por lo que podríamos concluir afirmando que en la Grecia de la Edad del Bronce Tardía se debió haber producido un gran incremento demográfico desde el HT I al HT III, reflejado en la creación de nuevos asentamientos y en la ampliación de los existentes; incremento que quizá pueda haber sido el motor de la expansión micénica a lo largo del Mediterráneo.

Todavía no poseemos suficientes datos de tipo económico y social que puedan permitirnos comprender las claves de esta expansión demográfica, ya que la sociedad del Heládico Tardío, como la de los períodos anteriores, nos resulta prácticamente desconocida. Quizá quepa suponer en este sentido que, al asentarse algunos grupos de los guerreros que manejaban los carros de combate, y que en el período anterior se habían situado en el Epiro, en el sur y centro de Grecia se hubiese producido un incremento en el grado de estratificación social. Algunos autores, como S. Hood y S. Marinatos (1972) pretenden ver en la llegada de estos grupos la «llegada de los griegos», señalando que su instalación debió ser por la fuerza y se vio facilitada por la superioridad bélica que les confería la posesión de los carros de combate. Sin embargo, la propia arqueología nos habla de la existencia de una gran continuidad, y por otra parte se ha demostrado (M. A. Littaner, 1972) que el carro de combate no pudo haber sido un elemento de importancia militar en el suelo griego, puesto que los combates entre carros exigen grandes llanuras, como las del Próximo Oriente, en las que puedan maniobrar sus escuadrones. Por este motivo deberemos considerar, como ha señalado J. T. Hocker (1976), esta teoría como inaceptable. Los supuestos «griegos» ya estarían pues en Grecia desde un período anterior, y la llegada de estos grupos de inmigrantes no nos proporciona la clave que nos permite resolver nuestro problema.

¿Pero es que tiene que existir alguna clave? La arqueología nos muestra una sociedad en desarrollo, nada más, y eso es muy poco, y fue quizá por ese motivo por el que algunos autores se han empeñado en crear algún misterio con el fin de desvelarlo. Veamos cuáles han sido sus hipótesis.

Jarras de Palaicastro, del 1500 a.C.



3.2. El nacimiento de la cultura y la sociedad micénicas

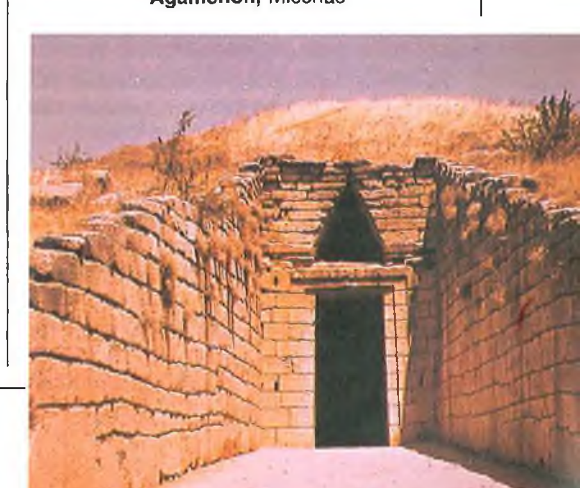
La combinación de la arqueología con la lingüística y, en muchas ocasiones, con el análisis historizante de los mitos, ha permitido a algunos investigadores formular una serie de hipótesis aventuradas que tienden a explicar el nacimiento del mundo micénico a partir de uno o varios hechos de carácter más o menos súbito y espectacular.

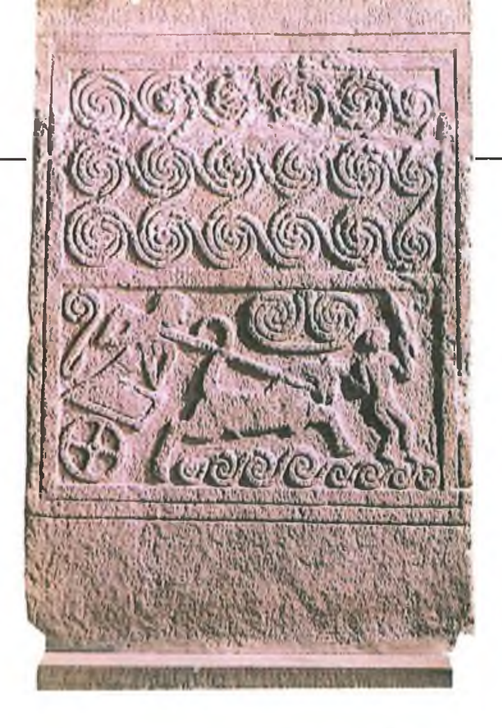
Tomaremos en primer lugar la teoría elaborada por F. H. Stubbings (1970, 1973 y 1975). Según este autor, las leyendas heroicas griegas pueden ser manejadas como fuentes históricas que hacen referencia a la época micénica, y de ellas —como, por ejemplo, el mito de las Danaides, que llegan de Egipto a Grecia huyendo de sus perseguidores— podría deducirse lo siguiente. Tropas mercenarias griegas lucharon en Egipto contra los Hyksos, y durante estas campañas aprenderían el manejo del carro de combate. Volvieron luego a Grecia y gracias a la superioridad militar —ficticia como hemos visto— que les proporcionaba el uso del carro, consiguieron imponerse sobre el resto de sus conciudadanos, dando de este modo origen a la cultura micénica. Esta teoría es inaceptable por varios motivos. En primer lugar, porque contradice la evidencia arqueológica, que demuestra que los invasores conocedores del carro llegaron a Grecia desde el Epiro. En segundo lugar, porque tampoco encuentra apoyo en las fuentes históricas egipcias. Y por último, porque carece de sentido histórico, ya que el carro de combate en Grecia no confiere una superioridad militar aplastante, y sociológico, puesto que es imposible concebir que un grupo de mercenarios cargados de botín y oro dieran lugar, simplemente con su llegada, a un fenómeno tan complejo como el nacimiento de la cultura micénica.

Otro historiador, Michael Astour (1967), siguiendo las huellas de autores como J. Bérard y C. Gordon, ha elaborado una teoría muy similar a la de Stubbings, pero dotada de un toque más exótico. Según él, los mitos, la etimología de una serie de términos griegos y micénicos y el análisis de la toponimia nos permiten suponer que la cultura micénica tuvo su origen en la penetración en el territorio helénico de un grupo de colonizadores de origen semítico-occidental, procedentes del SE del Asia Menor. Ni que decir tiene que tampoco esta teoría encuentra confirmación a nivel arqueológico, puesto que, aunque han aparecido objetos de procedencia oriental, como los cilindro-sellos de la Cadmea tebana, de ello no se debe deducir la llegada de una invasión, ya que pudieron ser traídos a través de contactos comerciales.

Sin embargo, la teoría de Astour no es del todo absurda. Es cierto, por ejemplo, que hay muchos paralelos entre los mitos y las figuras de los dioses griegos y orientales (P. Considin, 1969 y P. Walcot, 1966); también lo es que muchos términos griegos y micénicos son de origen oriental (O. Szemerenyi, 1974), y hay numerosas semejanzas estilísticas entre Grecia y el Oriente en el arte y la literatura

La llamada tumba de Agamenón, Micenas





Estela funeraria de la Tumba Real V de Micenas
Museo Nacional de Atenas

(T. B. L. Webster, 1962), pero todo ello se explica por la existencia de una *koiné* cultural en todo el Mediterráneo Oriental. Es decir, que los pueblos del Heládico Tardío, y más tarde los micénicos, poseían una cultura muy similar, en sus artes, literatura, religión y pensamiento, e incluso a nivel de sus instituciones económicas y sociales, a la de los pueblos del Próximo Oriente. La cultura griega no sería pues, ni el producto de un «milagro», ni una aportación de algunos grupos de invasores provinientes del Centro-Europa, sino el fruto de un largo proceso de desarrollo, en el que los elementos autóctonos se fundieron con las aportaciones fruto de los contactos con las culturas circundantes.

No hay pues hipótesis global alguna que nos explique el nacimiento de la sociedad micénica. Y ello es así porque para comprenderlo no debemos imaginarnos ningún misterio que haya de ser desvelado a través de ninguna clave secreta. Lo que nos dicen los hechos es que se produce en Grecia un incremento demográfico, acompañado de una expansión económica de base agrícola más que comercial. Ese proceso trae consigo el desarrollo de una mayor diferenciación social y la concentración de la riqueza y el poder en manos de un grupo que se aglutina en torno a los palacios, dando lugar de este modo a la aparición de nuevos sistemas administrativos y al surgimiento de nuevos grupos sociales, como los escribas, funcionarios, sacerdotes, etc. Esa élite impulsa el desarrollo de las relaciones internacionales y los contactos, ya preexistentes, con las culturas del entorno político circundante, favoreciendo así la asimilación de elementos culturales de todo tipo. Y como resultado de todo ese proceso y gracias a la fusión de esos nuevos elementos con los preexistentes tiene origen la cultura micénica.

Pero esa cultura no permanecerá confinada en el continente griego, sino que se expandirá por el Mediterráneo; veamos pues cómo se produjo su expansión.

4. La expansión micénica

Desde Sicilia y el Sur de Italia hasta Anatolia y desde el Bósforo a Egipto, todo el Mediterráneo es testigo de la difusión de los productos micénicos —fundamentalmente la cerámica, y sobre todo, el tipo de vasija conocido con el nombre de «jarra de estribo»— que pueden ir o no acompañados de asentamientos de población. ¿Cuáles pueden haber sido los motivos de esa súbita expansión? ¿Se trató de la masiva difusión de algún producto contenido en esos tipos de jarras? Diversas hipótesis se han ido formulando en ese sentido, pero la mayor parte de ellas tienden a buscar una explicación a través del *comercio*.

Este es el caso de Stubbings (1975) y C. G. Thomas (1970). El segundo de estos autores afirma que el mundo micénico careció de unidad política, lo que es cierto; es decir, que Grecia sólo fue en estos momentos un conglomerado de pequeños reinos, que llegarían a enfrentarse bélicamente, como en los casos de Tebas y Pilos —ese enfrentamiento estaría expresado en algunos mitos griegos, como el de las expediciones de los Siete contra Tebas—, a causa de su rivalidad comercial. Sin embargo, podemos afirmar que esta teoría presenta innumerables problemas (ver J. C. Bermejo, 1979), pues para que fuese cierta se requeriría: 1) que existiese un mercado y una economía de mercado, en la que establecer la competencia comercial, en la Grecia micénica, y 2) que la economía de los diferentes reinos se basase en la exportación, ya fuese de productos agrícolas (aceite y vino) o artesanales.

Conociendo, sin embargo, las condiciones geográficas de Grecia y las características generales del comercio antiguo, lo más lógico será suponer que, de existir algún producto agrícola exportable, éste sería el aceite o el vino. Pero como las tablillas no nos demuestran que la economía palacial se orientase básicamente al comercio de exportación, y como tampoco los restos arqueológicos confirman ese comercio masivo, podemos concluir afirmando que la hipótesis de la expansión comercial carece de validez. Los autores que la formularon tendieron a agrupar una serie de datos de acuerdo con el modelo histórico de las guerras contemporáneas ocasionadas por rivalidades comerciales. Pero, como ya hemos indicado en otro lugar (1979), esos modelos resultan totalmente inaplicables al mundo antiguo.

Si la expansión micénica no estuvo impulsada por mecanismos comerciales, cabrá suponer que sus causas pudieron haber estado relacionadas con la existencia de una posible presión demográfica, ocasionada por el incremento de la población. Los micénicos no habrían llegado pues a diferentes puntos del Mediterráneo como pacíficos comerciantes —aunque en muchos casos se llevasen a cabo intercambios—, sino probablemente como guerreros, asentándose por la fuerza en aquellas regiones en las que no existía un poder político fuerte, o bien en la tierra de nadie que constituía toda la costa del Mediterráneo oriental en el segundo milenio.



Tumbas Reales de Micenas
Círculo A

Esta expansión llevada a cabo por los diferentes reinos micénicos tuvo lugar en un primer momento en las zonas del continente griego que antes habíamos denominado marginales, como, por ejemplo, la Acaya, pero pronto pasó a continuarse a lo largo del Mediterráneo. Los conocimientos acerca de ella podríamos sintetizarlos por regiones del modo siguiente

Egipto

A partir del año 1400 los micénicos comienzan a intensificar sus relaciones con la zona, continuándolas hasta el 1200. Para ello tomarán como puntos de partida las islas de Rodas y Chipre, colonizadas por los micénicos, y que ahora asumirán el papel que antes había correspondido a Creta.

Las relaciones tendieron a intensificarse en aquellos períodos en los que Egipto controlaba la región palestina, y, por ser Egipto un poderoso reino, estas relaciones fueron siempre pacíficas. Los micénicos, productores de plata y obsidiana, intercambiarán estos productos, junto con plata, oro, lapislázuli y piedras preciosas con los egipcios, a cambio de otra serie de productos que nos resultan desconocidos.

Asia Menor

A partir del desciframiento de una serie de textos hititas en los que aparecieron una serie de antropónimos y nombres de pueblos que presentaban posibles semejanzas fonéticas (Alaksandus = Alejandro = Paris), (Wilusa > (W)ilusa = Ilion) con los de algunos héroes de la poesía homérica, se ha venido desarrollando en torno a este problema una amplia serie de discusiones de carácter lingüístico, topográfico, cronológico y prosopográfico, en las que se ha pretendido ir localizando lugares, fechas y personajes, pero sin tener muchas veces en cuenta los problemas históricos en su conjunto.

El tema resultó enormemente apasionante, porque, de confirmarse ecuaciones como las anteriores, se podría demostrar la historicidad de la Guerra de Troya, y por ello esa supuesta guerra y el problema anterior pasaron a ser considerados como una unidad. En relación con él podríamos sintetizar las conclusiones siguientes.

Los micénicos, tal y como lo demuestra la arqueología, únicamente consiguieron hacerse fuertes en toda la región del Asia Menor, en la isla de Rodas, en la que se había prducido un vacío de poder político hitita. Y en toda la costa únicamente poseyeron dos enclaves importantes: Mileto y Halicarnaso, no logrando llevar a cabo ninguna penetración hasta el interior, debido a la resistencia hitita.

Desde el punto de vista lingüístico no puede identificarse automáticamente a los micénicos o aqueos con los Ahijawa de los textos hititas (P. Garelli, 1970, y J. D. Muhly, 1974), por lo que, si como parece verosímil (Page, 1959), el reino de los Ahijawa es identificable con la isla de Rodas, y no con toda Grecia, la Guerra de Troya, entendida como una contienda entre aqueos y troyanos, no sería históricamente demostrable (Finley y otros, 1964).

El Mediterráneo Occidental

Únicamente destacaremos algunos puntos en esta zona. Comenzaremos por Italia. Sus relaciones con el Egeo comienzan a principios del segundo milenio, y culminan en el período micénico, siendo mantenidas sobre todo con Rodas, Chipre y Jonia y en menor grado con la Península Griega. Las relaciones poseyeron un carácter pacífico y como resultado de las mismas se fundaron algunas colonias, probablemente de carácter agrícola, o bien como puntos de paso en la ruta de búsqueda de los metales que conducía hasta Andalucía (F. Biancofiore, 1967, L. Vagetti, 1983).

Las mismas conclusiones podrían extrapolarse al caso de Sicilia y según algunos autores, como Marinatos (1971), a regiones como las Islas Baleares, pero desde el momento en el que avanzamos de Sicilia hacia el Oeste, la evidencia arqueológica comienza a ser progresivamente más débil, por lo que debemos considerar esa isla como el límite más probable de la expansión micénica hacia Occidente.

El Mediterráneo Oriental

La expansión micénica en el Mediterráneo Oriental fue hace años, concretamente en 1973, objeto de un congreso, por lo que podemos afirmar que su conocimiento se basa en evidencias documentales de considerable importancia.

En toda esta zona, la expansión micénica fue una continuación de la minoica y, como ya indicamos, adquirirá una importancia especial en el caso de dos islas: Rodas y Chipre. En esta última podemos encontrar huellas de contacto con el mundo micénico desde los siglos XVI-XV a. J. C., y podemos documentar el asentamiento de importantes contingentes desde el siglo XIV al siglo XII. Chipre actuó como un foco de atracción para los micénicos, debido a la presencia en la isla de metales, sobre todo cobre, pero las relaciones que con ella mantuvieron no se limitaron en modo alguno al intercambio comercial, sino que trajeron consigo la ocupación de una serie de asentamientos y, en consecuencia, la posterior helenización de una parte de la población local.

Siria y Palestina también se vieron afectadas por la expansión micénica. En estas regiones el proceso colonizador tendrá únicamente una importancia muy relativa, puesto que solamente influirá en las culturas materiales de los indígenas, concretamente en su cerámica.

La expansión micénica en el Mediterráneo Oriental carece en cierto modo de importancia histórica, si exceptuamos los casos de Rodas y Chipre. Y aunque en ella se llevaron evidentemente a cabo intercambios, lo más probable es que los productos intercambiados lo fuesen en concepto de regalos de tipo diplomático y no fruto del funcionamiento de una economía de mercado regulada por la ley de la oferta y la demanda.

En los dos casos en los que se produjeron asentamientos de población debemos suponer que el motivo que los impulsó debió ser la escasez de tierras y el exceso de población, es decir, que, al igual que en etapas históricas posteriores de la historia griega, se trataba de una colonización de tipo agrícola. De ser ello así podríamos hablar de la existencia de graves problemas socioeconómicos en el ámbito de los reinos micénicos, problemas que quizá hubiesen contribuido a precipitar su caída, que se produce de un modo brusco en el Heládico Tardío III C, en el que una gran cantidad de asentamientos son abandonados y el resto de ellos destruidos.



Riton,
procedente de Cnossos
(siglo XV a.C.)



Fresco del Palacio de Cnossos

5. El fin del mundo micénico

El súbito hundimiento de la cultura micénica no ha dejado de intrigar desde hace mucho tiempo a historiadores y arqueólogos. Su carácter repentino ha tendido a rodearlo también de una cierta aureola de misterio, por lo que nos encontraríamos, de seguir las opiniones de algunos de los autores citados, con una cultura que nace y muere de dos modos igualmente extraños y repentinos. Plantearemos, pues, a continuación este problema, examinando las hipótesis que se han elaborado para su solución, antes de pasar al estudio de los diferentes niveles de la sociedad y la cultura de los reinos micénicos.

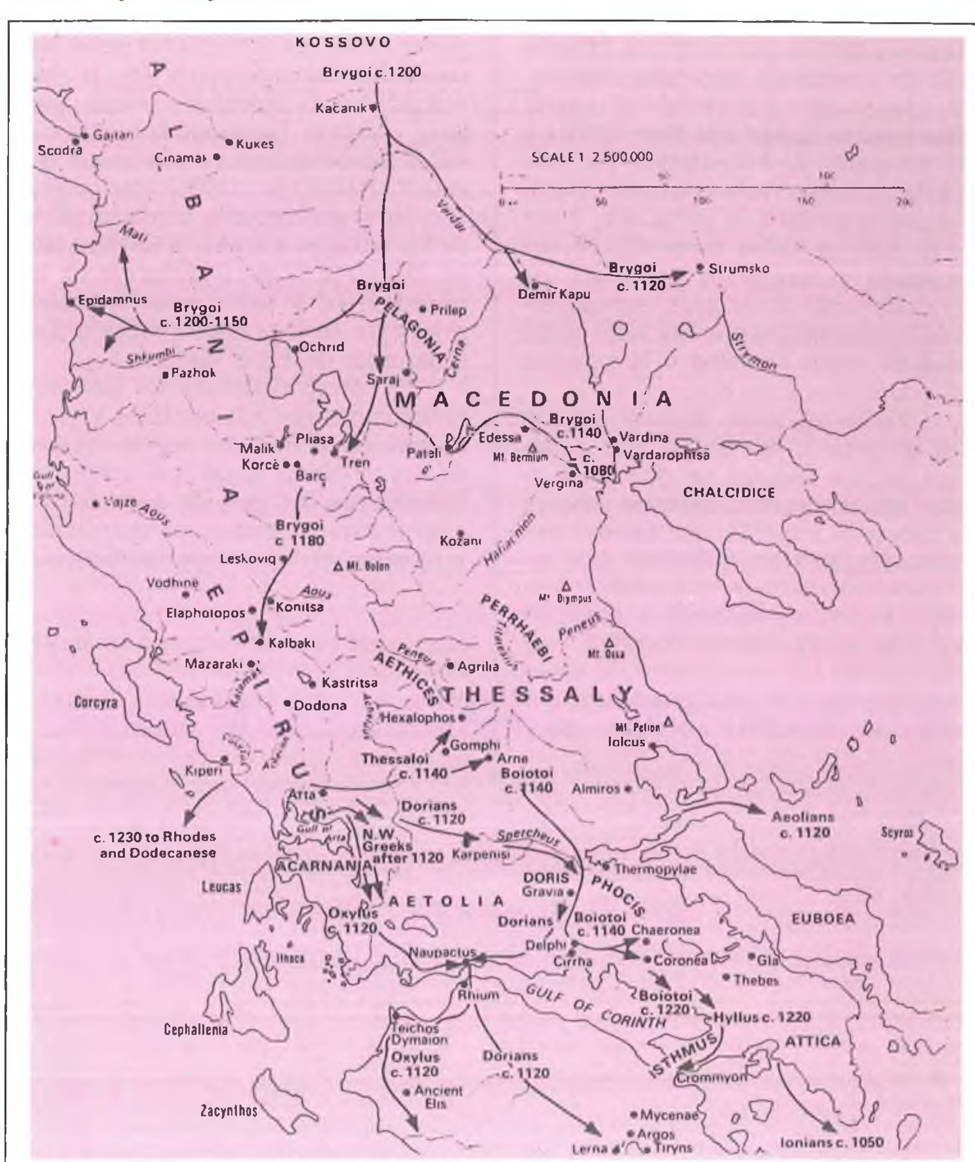
Fue Rhys Carpenter (1966) el primero de los autores que elaboraron una atractiva teoría que pudiese dar cuenta de esa gran ruptura que en la historia de la cultura griega supone el fin del mundo micénico, de ese gran paso atrás en la historia de una cultura que pierde súbitamente la escritura, complejas formas artísticas y todo un sistema político y administrativo minuciosamente estructurado. En opinión de ese autor, la causa de esa catástrofe habría sido de tipo *climático*. En Grecia se produjo en esos momentos un largo período de sequía, que traería como consecuencia una serie de desastrosas cosechas, que impulsaron la dispersión del pueblo griego hacia las zonas periféricas, que efectivamente registran en estos momentos la llegada de inmigrantes micénicos, que posteriormente refluirían sobre la Hélade como dorios en un momento histórico posterior.

Aunque esta teoría se apoya en bases arqueológicas, e incluso sus hipótesis climáticas han sido parcialmente confirmadas, ha caído en descrédito en la actualidad porque posee un carácter excesivamente catastrofista y porque tampoco da cuenta de todos los datos que parecen configurar la realidad histórica de ese momento.

Resulta curioso comprobar cómo también en este caso otra teoría espectacular halló su inspiración en la interpretación historicista de una leyenda, en este caso la de la Atlántida, urdida por Platón.

De nuevo es el clima y las condiciones geográficas el mágico mecanismo explicativo en otra teoría, la de Stubbings (1975), según el cual un proceso de masiva deforestación, que evidentemente se produjo a lo largo de la historia griega —tengamos en cuenta que el Ática, que en el siglo V a. J. C. ya era básicamente rocosa, estuvo en un principio cubierta de bosques—, traería como consecuencia la decadencia económica de los palacios. Al igual que en el caso anterior nos encontramos con que esta hipótesis posee igualmente el defecto de la unilateralidad. Hubo de hecho deforestación, también se produjo un período climático desfavorable, pero estos factores no fueron los únicos que actuaron en la configuración del proceso histórico.

En efecto, por una parte sabemos que se produce la infiltración de elementos humanos provinientes del



Migraciones e invasiones entre el 1230 y el 1050
(Tomado de N. G. L. Hammond)

norte en el Heládico Tardío III C (B. Rutter, 1975), que se pudieron ir infiltrando progresivamente como mercenarios en el mundo micénico, e incluso llegaron a ocupar puestos como escribas, ya que sabemos en la actualidad que algunas tablillas del reino de Pilos contienen indiscutibles dorismos, únicamente explicables por la presencia de personas de origen dorio entre los escribas.

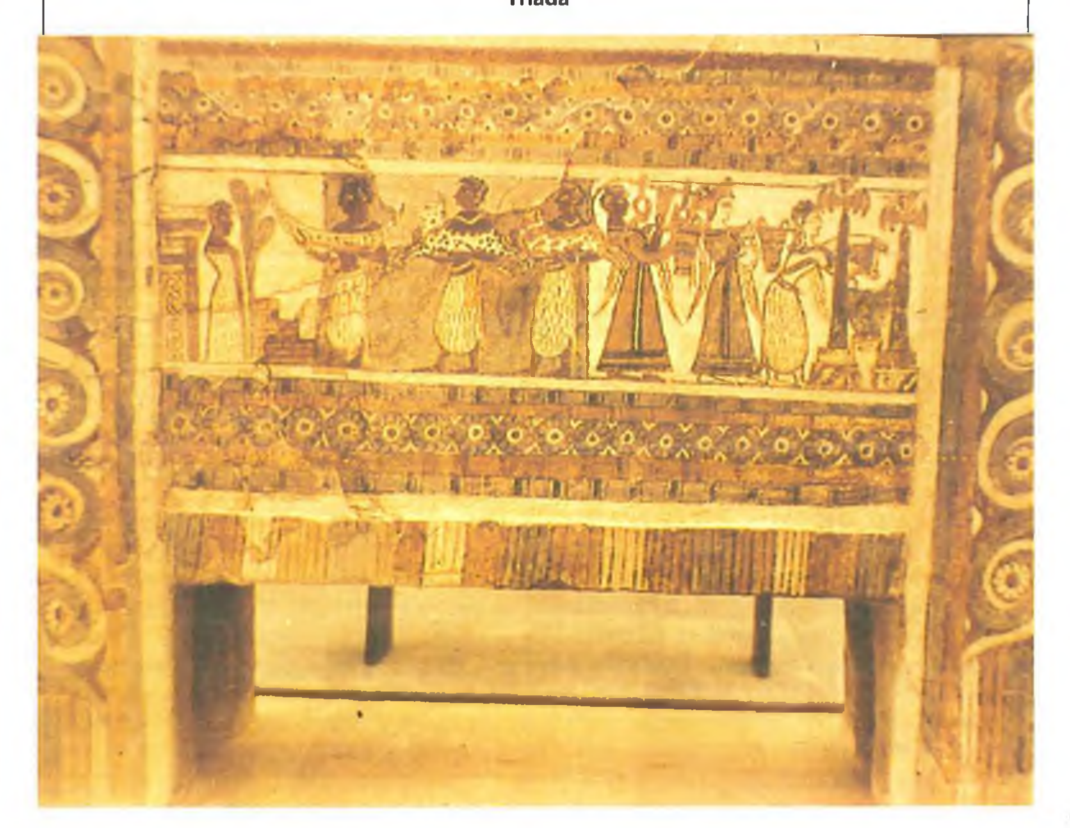
No olvidemos que a todos estos

factores habría que sumar la existencia de innegables tensiones internas. El crecimiento y la presión demográfica parecen haber sido muy fuertes y la economía de los palacios, por una parte, se había vuelto bastante opresiva con respecto a la población, y por otro lado se había especializado demasiado y carecía de capacidad de reacción ante situaciones nuevas, como las producidas por una serie continua de malas cosechas o la agresión de elementos externos.

Pudieron, pues, haberse aunado en un período de tiempo más o menos amplio factores de diferentes tipos: malas cosechas, agresión exterior y tensiones internas, que habrían originado enfrentamientos de unas regiones con otras y conflictos entre los elementos fundamentales de la estructura social micénica: nobleza, palacio y damos. La acción conjunta de todos estos elementos pudo, como señala P. Betancourt (1976), dar origen al colapso económico y administrativo de los palacios y a que la nobleza rural asumiese el papel dirigente en la sociedad, tal y como ocurrirá posteriormente en el período conocido con el nombre de Edad Oscura.

La desaparición de los palacios arrastró consigo a la escritura y puso en funcionamiento las nuevas formas de organización social que serán características del período geométrico, a nivel arqueológico y que aparecerán reflejadas en los poemas homéricos.

Sarcófago pintado de Hagia Tríada



III. La cultura micénica

1. Las bases económicas

Desde el punto de vista de las formas de producción económica existe una absoluta continuidad entre las sociedades micénica y heládica, puesto que la época micénica no se inaugurará con ninguna innovación tecnológica con respecto al período anterior. En ambas fases serán la agricultura y la ganadería las bases económicas de la sociedad, y sólo en muy pequeña medida serán complementadas por la pequeña industria de la producción de cerámica de lujo, ya que la de uso doméstico se producía a nivel doméstico, y de las armas metálicas.

Introducirnos en el mundo micénico supone penetrar en el universo de la escritura y por tanto poseer la posibilidad de completar las informaciones de la arqueología con los datos de los textos. Aunando ambos tipos de documentación podemos comprobar con toda seguridad que se continúan manteniendo los mismos tipos de cultivos que estaban ya atestiguados en las etapas anteriores. Por supuesto que destacan en primer lugar los cereales, seguidos por el aceite y las leguminosas, y por último tendremos una serie de productos que poseerán una gran importancia en el ritual, como por ejemplo, los aromas.

La economía agrícola de cada uno de los reinos micénicos estará organizada y centralizada por el palacio. Podemos apreciar en las tablillas cómo los funcionarios del palacio distribuyen cantidades de trigo por personas o grupos. Utilizando las tablillas de esta clase procedentes de Cnossos, L. Godart (1968) ha calculado cuánta era la población que podría depender del palacio, llegando a la conclusión de que ese palacio en concreto podía mantener a unas 4.264 personas, con lo cual podemos disponer también de algún indicio de carácter demográfico.

Pero no sólo el trigo, sino que también el aceite veía su consumo centralizado por el palacio, debido a que él mismo hacía un gran uso de este producto en las ofrendas y en la fabricación de perfumes. En cada palacio debió existir una oficina encargada de llevar a cabo la distribución del grano y otra en la que se gestionaría a la vez la producción y el consumo del aceite, así como la fabricación de perfumes, obtenidos mediante la disolución en aceite de una serie de plantas aromáticas, por lo que deberemos suponer (L. Godart: 1968 y 1972) que también esa misma oficina supervisase la recolección y el cultivo de las diferentes plantas aromáticas.

La ganadería del toro y la vaca,


Escino.
Mértica
Vasilico.
Coracu.
Calamaci.
Muralla micénica.
Nemea.
Ziguries.
Catacali.
Vías de Micenas.
Micenas.
Hereo.
Midea.
Dimena.
Argos.
Palea Epidavros.
Tirinto.
Puente de Micenas.
Epidauro.
Nauplion.
Lerna.
Poros.
Templo de Poseidón.
Eliocastro.
Celadia.
Termisi.
Hermione.
Furcania.
Hidra.
Espetsas.

La Argólida

la cabra, el cordero, el cerdo y el caballo constituía otra rama de la economía palacial. El palacio no sólo se encargaba de controlar el consumo de todos estos tipos de animales, sino también de vigilar su crianza, ya que en los textos micénicos aparecen una serie de personajes como el *a-mi-re-u,* seleccionador de los corderos, y el *e-ka-ra-e-u,* castrador, especializados en labores de zootecnia.

La documentación de los palacios también nos permite conocer aquellos sectores de la actividad artesanal que están bajo su esfera de influencia, debido a su importancia militar, como es el caso de la metalurgia, o simplemente económica. Los forjadores del reino de Pilos nos son bien conocidos gracias a los trabajos de M. Lejeune y A. Hurst (1968), que nos muestran cómo esos artesanos compatibilizan sus labores agrícolas con el trabajo artesanal, como lo demuestra el hecho de que aparezcan inscritos como contribuyentes en el catastro de imposiciones sobre la actividad agrícola. El palacio es quien les suministra la materia prima, los lingotes en forma de piel de buey, provinientes normalmente de la importación, y les encarga el número de objetos, así como los diferentes tipos, que las necesidades demanden. Existe un funcionario, el *qa-si-re-we,* o basileus, personaje de importancia secundaria en la administración provincial, que se encarga de la distribución y el control de las materias primas y los instrumentos y armas elaborados.

Los sectores restantes del mundo de la producción económica debieron seguir funcionando igual que antes, sin ser controlados ni estar centralizados por el palacio, pero precisamente por ese motivo nos resultan prácticamente desconocidos, ya que, al caer fuera de los intereses del palacio, no aparecen reflejados en la documentación.

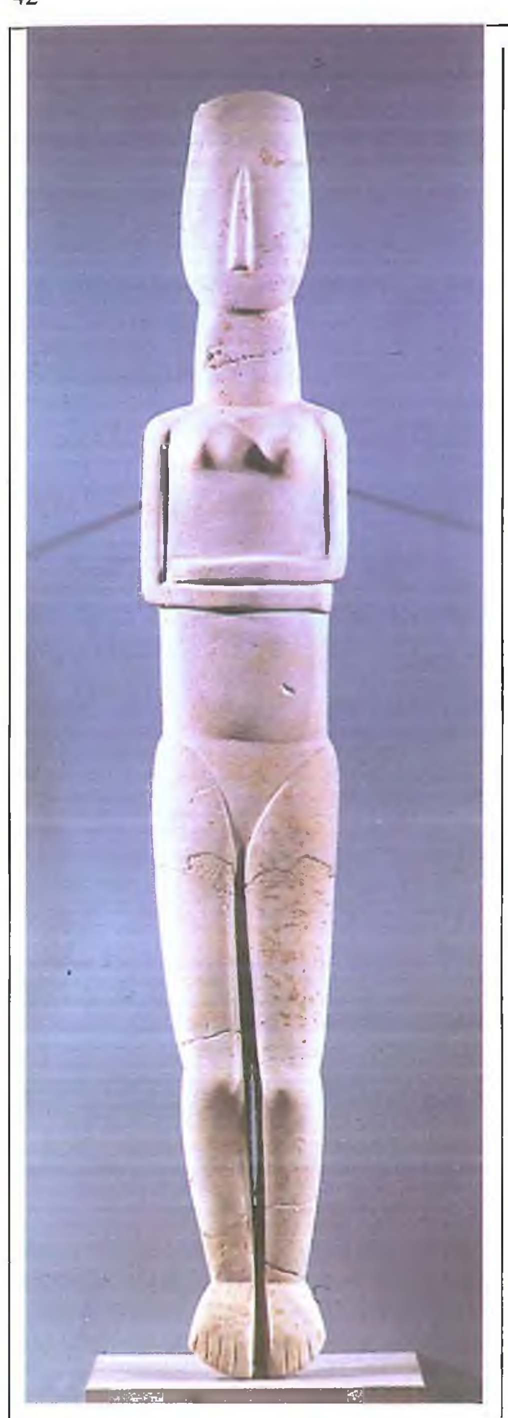
La producción de bienes constituye solamente un aspecto de la actividad económica, pero para que pueda llevarse a cabo es necesaria la intervención de los grupos humanos que al participar en la producción generan unas relaciones de producción determinadas. Para poder analizar esas relaciones será necesario centrarnos en el estudio de dos problemas: la propiedad de la tierra y la fuerza de trabajo.



Vaso de plata con decoración repujada
(Siglo XVI a.C.)
Museo Nacional de Atenas

La propiedad de la tierra

La propiedad de la tierra en el reino de Pilos, el único en el que podemos conocerla, plantea una complejísima serie de problemas que no están en la actualidad totalmente resueltos. Existen hipótesis encontradas y es muy difícil reducir todos los datos a un sistema unitario, por lo que nos limitaremos a exponer los hechos fundamentales.



Idolo de las Cícladas
Museo Nacional de Atenas

Dentro del territorio de un reino micénico había diferentes tipos de tierras. En primer lugar tendríamos que considerar la existencia de las llamadas *mo-ra,* que serían propiedad de la nobleza militar, ajena al palacio, y de las que no sabemos prácticamente nada, ya que, como carecían de interés para la burocracia del palacio y el templo, no aparecen inscritas en las tablillas, que constituyen nuestra única fuente de conocimiento en este sentido.

En un segundo grupo podríamos situar otras parcelas de menor tamaño, que estarían designadas bajo el término de *ko-to-na.* Y en ellas sería necesario distinguir dos tipos: 1) las privadas, que también quedan fuera de las tablillas y de las que, por tanto, tampoco sabemos nada; 2) las *ko-to-na ke-ke-me-na,* que originariamente habrían sido *open fields* y serían propiedad del *da-mo,* institución que luego definiremos, o bien de personas particulares, y 3) las *ko-to-na ki-ti-me-na,* que son propiedad del rey, que las explota mediante arriendo.

A estos tipos fundamentales deberemos añadir los *o-na-ta,* o tierras de baja condición jurídica, que pudieron haber pertenecido a grupos sociales inferiores, residentes en algunas regiones antes de la llegada de los invasores del último período Heládico.

De entre las *ko-to-na ki-ti-me-na* tenemos que cada una de ellas era posesión de un *ko-to-no-o-ko,* residiendo en ella varios *o-na-te-res,* llamados *ko-to-ne-ta,* que a su vez participarían de la posesión de una parcela dentro de la *ko-to-na.* El personal de la casa real se reclutaba del grupo de los *ko-to-no-o-ko,* al que pertenecen, por ejemplo, los altos funcionarios reales conocidos con el nombre de *te-re-ta,* junto con otros tipos de altos funcionarios. Es lógico pensar, pues, que el monarca debía conceder estas tierras como pago o recompensa a sacerdotes y funcionarios, para que las trabajasen personalmente, lo que parece improbable, o para lucrarse de sus

rentas, obtenidas mediante el trabajo de los *o-na-te-res*. Naturalmente, se trata de una hipótesis, pero he de confesar que es la que me parece más plausible, tanto teniendo en cuenta los datos existentes como considerando las formas de la propiedad de la tierra en culturas de carácter similar como pueden ser las del Próximo Oriente antiguo.

De aceptar este modelo hipotético tendríamos que el palacio no controlaría toda la tierra cultivable del reino, sino una parte, cuyo monto es imposible de cuantificar. Al margen de él quedarían las tierras de la nobleza rural, y las de algunos campesinos libres y de diversas colectividades, tierras que podían ser explotadas, según su naturaleza, ya fuese en régimen comunal o a nivel individual.

El problema de la propiedad de la tierra pierde gran parte de su sentido si lo abstraemos del análisis de la *fuerza de trabajo*. En efecto, si se posee la tierra es para poder explotarla en algún sentido, y su explotación únicamente es posible mediante el trabajo, pero, ¿quién trabajaba los campos en un reino micénico, los libres o quizá, como en otras etapas posteriores de la historia de la Antigüedad, los esclavos?

La esclavitud es una institución conocida en el mundo micénico, en el que el esclavo es designado con el término *do-e-ro*. Los esclavos aparecen en las tablillas como pertenecientes a un amo que puede ser una persona física o una persona jurídica, o un dios. El papel de los esclavos en el mundo micénico debió haber sido muy similar, como señala P. Debord (1973), al de los esclavos de Egipto y el Próximo Oriente. En estas culturas había fundamentalmente dos tipos de esclavos, los domésticos, que gozaban de una serie de privilegios, y que incluso podían casarse con personas libres, y otros, capturados como prisioneros de guerra, y que al contrario que los anteriores no podían ser nunca manumitidos, recibían un trato considerablemente peor y carecían de los derechos de propiedad y nupcialidad. No obstante, la aplicación de este esquema al mundo micénico no deja de ser una hipótesis, ya que sabemos que en él, por ejemplo, los esclavos reciben asignaciones de tierras, al igual que sus amos, y realizan el mismo trabajo que ellos, pero no podemos distinguir claramente entre los dos tipos citados por Debord —aunque sí sabemos por sus nombres que algunos esclavos eran antiguos prisioneros de guerra— ni podemos precisar claramente el papel de los esclavos del dios.

Por los datos expuestos parece deducirse la impresión de que los esclavos no debían constituir lo esencial de la fuerza de trabajo de un reino micénico; sin embargo, J. A. Lencman (1966) sostiene la tesis contraria. En su opinión, los esclavos constituirían la fuerza de trabajo fundamental y su número sería más elevado que el de la población libre.

Aunque en las tablillas aparece un número de ellos relativamente reducido, Lencman considera que todos los trabajadores de los que no se cita su nombre propio o el de su familia y que aparecen en las tablillas serían esclavos, junto con todas aquellas personas que desempeñan oficios que posteriormente pasarán a ser característicos de los esclavos. Sumando todos los conceptos, Lencman llega a deducir de esto la existencia de unos 1.300 esclavos del palacio de Pilos. Ahora bien, si tenemos en cuenta la deducción de L. Godart acerca del número de población dependiente de un palacio similar al de Pilos, el de Cnossos, según la cual recibirían raciones del palacio 4.264 personas, veremos que los esclavos no constituyen la mayor parte de la población. Y por otra parte, si consideramos que según los cálculos de Mc. Donald y Hope Simpson la población del reino micénico de Pilos debió ser de unas 50.000 personas, tendremos que llegar a la

conclusión de que en lo que se refiere a la población dependiente del palacio el número de esclavos —hinchado por los criterios clasificatorios de Lencman— no es mayoritario, y a nivel de todo el reino cualquier valoración global es imposible de realizar, debido a la falta de datos.

Tendremos, pues, que concluir indicando que en el mundo micénico, al igual que en el Próximo Oriente debieron coexistir diferentes tipos de trabajo y formas diversas de explotación del mismo. Hubo trabajo libre, servil y mediante servicios o corveas prestados al estado, y consecuentemente la esclavitud, la renta de la tierra y las prestaciones de trabajo para el palacio constituyeron las dos formas de explotación de la mano de obra. Estaríamos, pues, si nos moviésemos al nivel de las grandes hipótesis sociológicas, no ante una sociedad esclavista, como pretende Lencman, sino ante una sociedad despótico-oriental, por lo menos en algunos de sus aspectos, que parcialmente se ajustaría al modelo teórico del modo de producción asiático.

Idolo de las Cícladas
Museo Nacional de Atenas



2. La estructura social y política de los reinos micénicos

Las estructuras económicas no actúan en el vacío ni poseen una existencia propia, sino que, en realidad no forman más que uno de los aspectos de las estructuras sociales. Para lograr, pues, la comprensión de lo que pudo haber sido un reino micénico será por tanto necesario tratar de reconstruir los elementos fundamentales de su organización social y política.

2.1. La monarquía

A la cabeza de la sociedad micénica aparece el rey, designado normalmente con el término *wa-na-ka*.

Suele ser una idea muy difundida que el rey micénico, al igual que los faraones egipcios o los *ensi* mesopotámicos, era considerado como una persona sagrada, llegándose incluso a tributarle culto. En favor de esta hipótesis, algunos autores como P. Walcot (1967) aducen los supuestos testimonios de mitos griegos posteriores, como el de la concepción de Heracles por Zeus, muy semejante en su opinión a la de Hatshepsut por Amón, y las innumerables leyendas en las que Zeus visita a numerosas princesas. Sin embargo, si nos limitamos a considerar, lo que constituye el método correcto, los datos presentes en las tablillas, veremos que en ellas la situación es muy diferente.

Podemos apreciar en ellas cómo existe, efectivamente, una relación entre el *wa-na-ka* y los santuarios y cultos de la Potnia y de Poseidón. El rey recibe ciertas cantidades de aceite para su uso y el del palacio y para el culto de esos dos dioses, así como para la celebración de la fiesta del *to-no-e-ri-jo*, de la que luego hablaremos. Pero además de ello el rey posee también una función cultual, ya que lleva a cabo sacrificios en la ciudad sagrada de *Pa-ki-ja-na*, debiendo de estar además su función concebida como perteneciente al dominio de lo sagrado.

Vemos, pues, que el rey posee funciones económicas y religiosas. A ellas debemos añadir sus funciones meramente administrativas, como el nombramiento de funcionarios y la supervisión de la administración. Y también será necesario indicar que este monarca, al contrario que otros monarcas orientales de su época, por ejemplo, no desempeña función militar alguna.

Considerando estos hechos, K. Wundsam (1968) ha llegado a la conclusión de que la monarquía micénica corresponde al modelo de las monarquías indoeuropeas analizadas por G. Dumézil, en las que los reyes desempeñan básicamente funciones jurídicas y administrativas, o son depositarios de supuestos poderes mágico-religiosos, manteniéndose siempre alejados del dominio de la guerra. De ser válida esta hipótesis presentaría un gran interés histórico, ya que podría entonces darse el caso de que la sociedad micénica conservase el antiguo esquema trifuncional característico de las primitivas sociedades indoeuropeas.

Veamos, pues, si es ello cierto, examinando otra importante figura, la del *ra-wa-qe-ta*.

Durante algún tiempo se creyó que el *ra-wa-qe-ta*, jefe del *ra-wo* o *laos*, es decir, comandante del pueblo en armas, sería algo así como el comandante en jefe de los ejércitos micénicos de una determinada localidad. Pero la realidad es mucho más compleja, ya que, ateniéndonos a los datos de las tablillas, no es demostrable que este personaje posea una función militar. El *ra-wa-qe-ta*, al igual que el *wa-na-ka*, posee un *te-me-no*, y desempeña un importante papel en la concesión de *ko-to-na ke-ke-me-na*. De él dependen artesanos y personal cultual, y en cierto modo podría de-

cirse que prácticamente duplica las funciones del rey, careciendo igualmente de función militar alguna. Esta duplicación de funciones habría sido absurda si no hubiese cumplido alguna función en concreto. Y quien mejor la ha explicado hasta el momento ha sido Wundsam, que considera al *ra-wa-qe-ta* como un representante de la aristocracia militar frente a la monarquía.

Ra-wa-qe-ta derivaría, pues, no de *ra-wo,* pueblo en armas, sino de *ra-wo,* nobleza guerrera, y sus funciones duplicarían a las del rey porque este personaje sería el intrumento del que dispondrían los nobles del reino de Pilos para poder controlar el poder del monarca. También en este caso tendríamos que la existencia de una doble monarquía de este tipo hallaría sus paralelos entre otros pueblos indoeuropeos, y no indoeuropeos, como los germanos, los latinos, los burgundios e incluso los etruscos.

El único terreno en el que el monarca aventajaba al *ra-wa-qe-ta* era en el campo de la religión. El ejercicio de los restantes poderes en paralelo debió dar lugar a una serie de tensiones, que no serían más que el reflejo de las tensiones entre dos grandes grupos sociales: la nobleza rural y los funcionarios del palacio y el templo, tensiones que no debieron quedar al margen de la constelación de causas que explican la súbita desaparición de los palacios micénicos.

Idolo de las Cícladas
Museo Nacional de Atenas



2.2. La administración y los funcionarios

Si el *ra-wa-qe-ta* se apoyó en la nobleza rural, el *wa-na-ka* tenía tras sí a toda una serie de altos y pequeños funcionarios, a escribas y sacerdotes, que formaban un grupo que posibilitaba el funcionamiento y se beneficiaba claramente de la existencia de los palacios. Grupo que sucumbirá con ellos y que será el impulsor de los principales logros artísticos y culturales de la sociedad micénica.

Todo palacio micénico desempeñaba una serie de funciones de carácter económico, mediante la centralización y redistribución de buena parte de la producción agrícola, a través del desarrollo del comercio del aceite, y con la producción y equipamiento de los diferentes contingentes del ejército del reino. Altos funcionarios como el *a-ko-so-ta,* encargado del control de las tierras laborables, y el *we-da-ne-u,* dotado de funciones militares, económicas y cultuales, se encargaban de la supervisión de la labor de los auténticos pilares de la administración que eran los escribas, pero toda esa labor de supervisión habría sido inútil si los reinos micénicos no hubiesen dispuesto de una buena estructura administrativa que les permitiesen controlar fiscalmente todo su territorio.

Desde el punto de vista territorial, el reino micénico de Pilos, el único conocido en este sentido, se dividía en dos provincias de nueve y siete distritos cada una, llamadas la provincia cercana y lejana, respectivamente. Cada una de ellas estaba a su vez dividida en distritos, articulados a través de subdistritos, entre los cuales se establecían grupos de una o dos comunidades con el fin de fijar las diferentes cargas fiscales.

Vistas, pues, las divisiones geográficas, pasemos a analizar el cuadro de funcionarios que ejercían las labores administrativas.

Cada distrito no poseía una capital fija, desempeñando los funcionarios sus funciones a través de diferentes lugares. Aunque la administración de ambas provincias sufrió una evolución a lo largo del período conocido, podríamos tratar de sintetizarla diciendo que cada ciudad o cada distrito de las dos provincias se hallaba gobernado, o le estaba asignado, un *ko-re-te* y un *po-ro-ko-re-te,* que actuarían como representantes del poder central con unas competencias probablemente variadas, que nuestros datos no permiten definir con precisión.

Junto a estos funcionarios había otros como el *du-ma,* que es el representante del poder central no a escala local, sino a escala provincial, que aparece junto al *po-ro-du-ma-te,* que pudo haber sido un funcionario religioso para toda una provincia, y un *da-mo-ko-ro,* funcionario que parece cumplir una función económica muy específica y que poseería, según Wundsam, un alto rango, desempeñando sus funciones también a escala provincial.

De todos estos funcionarios, los que nos resultan mejor conocidos son los *ko-re-te,* de los que podemos conocer las figuras de once de ellos. Todos poseen el usufructo de *ko-to-na ke-ke-me-na,* y sus funciones varían según los distintos personajes conocidos. Uno de ellos posee una función religiosa y otro de ellos militar. Pero parece claro que estos personajes debieron ser primitivamente jefes militares en las zonas rurales, pasando posteriormente a desempeñar funciones de carácter puramente administrativo como representantes del poder central, siendo asistidos en sus funciones a un nivel local por el *po-ro-ko-re-te.*

Junto a estos funcionarios existían otros de menor importancia y cuyos cometidos no nos son del todo conocidos, como el *ke-u-po-da,* cuya tarea parece ser económica, y que aparece como «donador de bebidas

para los sacrificios» y el *e-sa-re-u* (tomador), relacionado con los artesanos y de función igualmente económica, y otra serie de cargos mixtos administrativo-religiosos, como los de la sacerdotisa *ka-ra-wi-po-ro,* los *e-re-ta* y los *o-wi-de-tai,* detentadores de una función mixta económica y cultual.

Cada distrito del reino de Pilos poseía también un *a-ko-ro* y varios *wa-te-wa,* de funciones igualmente mal conocidas, pero es de un gran interés el destacar que en su labor establecían una distinción entre el *wa-tu (asty)* o ciudad y el *a-ko-ro (agrós)* o campo, lo que podría ponerse en relación con la convivencia en el seno del reino de dos tipos netamente distinguibles de sociedades.

En síntesis podríamos resumir la organización administrativa del reino de Pilos en el siguiente esquema:

Reino de Pilos
2 provincias con: 1 *du-ma.* 1 *da-mo-ko-ro* (85 *ke-wa*), agentes económicos, excepto en la provincia *de-we-ro-a-i-ko-ra-i-ja.*
16 distritos con: 1 *ko-re-te* y un *po-ro-ko-re-te,* representantes del poder central. 1 *a-ko-ro* y varios *wa-te-wa.*

Estas circunscripciones tenían como una de sus finalidades primordiales el regularizar y ordenar la recogida de impuestos de tipo agrícola y ganadero y el poder establecer igualmente las prestaciones del trabajo artesanal. Estudiando los diferentes tipos de contribuciones se puede llegar a la conclusión de que para su establecimiento los micénicos utilizaban rigurosamente una serie de proporciones aritméticas, que en opinión de J. P. Olivier (1974) podrían incluso ser reducidas a una ley fiscal que se expresa del modo siguiente: «en cada ciudad de un reino micénico sometido al impuesto sobre un cierto número de productos A, B... J, la cantidad a cobrar se calculaba según la fórmula P/a P/b P/j, en la cual P es la cifra de la población fiscal y a, b y j los coeficientes propios de cada uno de los productos A, B... J».

Mediante esta fórmula, conociendo la población fiscal y el coeficiente del impuesto se podía calcular el monto total del producto recaudado, e igualmente partiendo del monto y el coeficiente se puede calcular la población fiscal que, aunque será diferente de la población real, representa una interesante aproximación demográfica. Los grupos de población así calculados por Olivier varían de las 10 a las 2.600 personas, siendo las cifras más frecuentes: 20, 100, 500, 600, 700, 1.000, 1.230, 1.330 y 1.500.

La administración micénica tendió, pues, a utilizar rígidas fórmulas de cálculo y en sus estimaciones la capacidad real de pago parece haber desempeñado un papel secundario, como señaló W. F. Wyatt Jr.

Una visión heterodoxa del funcionamiento de la administración micénica es la defendida por L. Deroy (1968). Partiendo del estudio de las tablillas llamadas *o-ka,* llega ese autor a la conclusión de que esa serie ha sido mal interpretada por todos aquellos autores, la mayoría de ellos, que las han manejado para estudiar el funcionamiento del sistema militar micénico. Ello sería así porque *o-ka* debería, en su opinión, traducirse por *échein.* Con esta interpretación cambia Deroy de plano el contenido posible de las tablillas y deduce la existencia de un amplio cuerpo de personal ambulante disperso por todo el reino. Dentro de ese personal desempeñarían un papel de cierta relevancia las corporaciones de artesanos que, además de por su trabajo particular, serían requeridos en cada localidad importante para servir de auxiliares a la administración, sobre todo para el cobro de los impuestos en especie. Sien-

do éste, sobre todo, el caso de las corporaciones de forjadores.

Según Deroy, el concepto de impuesto no tendría el mismo sentido en la época micénica y en las etapas posteriores, porque en esa época el concepto de impuesto y multa formaría una unidad.

Sin embargo, esta teoría gozó de muy escasa aceptación y ya ha sido bien criticada por una serie de autores, por lo que deberemos darla por desechada y seguir considerando a las tablillas *o-ka* como documentos de carácter fundamentalmente militar.

Estudiando el funcionamiento de los sistemas administrativos de los reinos micénicos podemos comprobar cómo efectivamente existe un amplio grupo de población que se aglutina en torno al palacio, que lo sustenta y que basa sus recursos en las rentas e impuestos que detrae a las poblaciones rurales, que aparecen recogidas en las tablillas con expresa indicación, en algunos casos, de sus nombres propios, étnicos o topónimos, como ha señalado F. Gschnitzer (1971). Esos grupos, junto con la nobleza y el *damos,* formarán un amplio sector social que quedará al margen del palacio. Veamos, pues, lo que podemos saber acerca de ellos.

Tabla comparativa de signos pictográficos
Lineal A y Lineal B
(Según Ventris y Chadwick)

H	A	B	H	A	B	H	A	B
	L 1 AB 18			L 44 AB 11			L 76 AB 40	
	L 2 AB 4			L 45 AB 61			L 77 AB 38	
	L 6 AB 44			L 47 A 103			L 78 AB 10	
	L 9; cf. 28 AB 12			L 50; cf. 92			L 79 A 119	
	L 10 AB 9			L 51 AB 59			L 81 AB 45	
	L 15 A 75			L 52 AB 49			L 82 AB 22	
	L 16 AB 54			L 53 AB 51			L 83 AB 62	
	L 21			L 54 AB 31			L 84/48 A 93	
	L 22 AB 2			L 55 AB 32			L 85 AB 63	
	L 23 AB 57			L 56 AB 12			L 86 AB 39	
	L 24			L 57 AB 30			L 87 A 53	
	L 25/7 AB 19			L 58 AB 26			L 88 A 70	
	L 26 AB 58			L 59 AB 13			L 91 AB 24	
	L 27			L 60 AB 46			L 92 AB 5	
	L 28; cf. 56 AB 12			L 61 AB 33			L 93/17 AB 56	
	L 29 AB 23			L 62 AB 35			L 94 AB 25	
	L 30 AB 1			L 63 A 72			L 95 A 40	
	L 31 AB 27			L 64 AB 55			L 97 AB 60	
	L 32 AB 20			L 65 A 81			L 98 AB 41	
	L 33 AB 8			L 66 A 97			L 99/128 A 89	
	L 34 AB 29			L 68/96 A 61			L 100/38 AB 37	
	L 36 AB 69			L 69 AB 16			L 101 AB 36	
	L 37; cf. 62 AB 35			L 72; cf. 94 AB 25			L 102 AB 48	
	L 39 AB 7			L 74 AB 14			L 103 AB 53	
	L 43 AB 67			L 75 AB 21			L 120 A 116	

2.3. La nobleza

El estudio de la figura del *ra-wa-qe-ta* nos había llevado a la conclusión de que era el representante ante el poder real de un grupo ajeno al palacio, que estaría constituido por la nobleza rural. El conocimiento de ese grupo social resulta muy dificultoso por no aparecer reflejado en las tablillas más que en aquellos aspectos que suponen una cierta actuación suya en la actividad del palacio, por lo cual será necesario ver cuáles han sido sus actuaciones en diferentes casos y a través de qué instituciones en concreto.

Durante mucho tiempo se interpretó la figura del *qa-si-re-u* como la de un miembro de la nobleza con funciones militares; ya habíamos indicado que se trata de un funcionario del palacio encargado de controlar las actividades de los artesanos, por lo que deberemos abandonar esas interpretaciones centrándonos en las figuras de aquellos personajes claramente vinculables a ese grupo social.

En primer lugar tendríamos que estudiar a los *mo-ro-qa,* etimológicamente, según Wundsam, «los poseedores de la tierra privada». Estos personajes disfrutarían de la posesión de esa tierra, concedida por el palacio, a cambio del pago de un pequeño impuesto, y naturalmente deberemos suponer que esas parcelas no serían trabajadas por ellos mismos, sino por campesinos libres o por esclavos.

Poseían los *mo-ro-qa* un alto rango y desempeñaban una función militar en relación con los *o-ka,* puestos o guarniciones militares. En cada *o-ka* existía un comandante, una serie de oficiales y un cuerpo de tropa; de entre todos ellos, los dos primeros pertenecían muy probablemente a la nobleza y la tropa al *damos.* No obstante hay también oficiales de dos tipos, unos de gran categoría y otros, cuya situación social es muy similar a la de los miembros de la tropa o las tripulaciones.



Puñal de bronce con incrustaciones en oro
de Micenas
Museo Nacional de Atenas

Los *mo-ro-qa* ocuparían en estas guarniciones los puestos de comandante, y al parecer se agrupaban en clanes.

Bajo los *mo-ro-qa,* pero continuando dentro de la jerarquía de la nobleza, estarían los *e-qe-ta,* que aparecen en las tablillas *o-ka* desempeñando un importante papel. Son normalmente los oficiales y comandantes, pero, al contrario que los *mo-ro-qa,* parecen desempeñar alguna función de tipo sacerdotal, estando además relacionados con la economía del palacio. Su nombre derivaría de la palabra *i-qo* (caballo); serían, pues, algo así como sacerdotes del caballo, es decir, del dios Poseidón. Y dentro del

palacio pueden haber actuado como personas de confianza del *wa-na-ka*.

También dentro de la clase nobiliaria debemos situar a los *te-re-ta*, a quienes el palacio asigna parcelas del tipo *ki-ti-me-na*. Algunos de ellos, como *pa-da-we-u*, son artesanos y trabajadores, y por ello son llamados pastores *(po-me)*, alfareros *(ke-ra-me-u)*, etcétera, pero ello no quiere decir que realmente desempeñasen esos trabajos; pudieron haber sido algo así como los «artesanos reales», o los jefes de las diferentes manufacturas del palacio.

Los *te-re-ta*, a los que en un principio se interpretó como sacerdotes iniciadores *(telestai)* erróneamente, puesto que en las tablillas únicamente aparecen como propietarios y como ligados al rey, pudieron a su vez haber sido también jefes de clanes (Wundsam) y estarían situados en los niveles más altos del pueblo y en los más bajos de la nobleza.

Podríamos sintetizar, pues, a los grupos nobiliarios en el siguiente esquema:

Nobleza	
1.º	Nobles independientes, grandes propietarios; comandantes y oficiales de los *o-ka*. Bajo ellos estarían los *mo-ro-qa*, y sobre todos ellos el *ra-wa-qe-ta*. No viven en las capitales, sino en pequeños lugares, rodeados por círculos personales de individuos y forman el *ra-wo*.
2.º	Los nobles dependientes: rodean al rey y viven en las capitales, son funcionarios del tipo *du-ma* y *da-mo-ko-ro*, y forman círculos personales en torno al débil poder real, con el que se enfrentan los nobles del tipo 1.º

La existencia de una nobleza guerrera en el mundo micénico ha conducido a algunos autores, como Palmer, a considerar a la sociedad micénica como una sociedad feudal similar a las de la Alta Edad Media europea. Esta opinión no posee la suficiente coherencia por varias razones. En primer lugar, porque el sistema económico de los reinos micénicos, tanto en su aspecto administrativo como fiscal, dista mucho de ser un sistema feudal, ya que una de las características de los sistemas de este tipo la constituye el fraccionamiento y la dispersión de los poderes políticos, que en este caso están fuertemente centralizados.

Pero es que además para que se produzca un feudalismo pleno también se requiere que el poder militar esté casi exclusivamente en manos de los nobles, de esos «barones» micénicos, como les llama Palmer. Y en este sentido, nada más lejos de la realidad.

El sistema de la guerra en el mundo micénico nos es conocido gracias a las tablillas *o-ka*, que describen una serie de guarniciones costeras que, como hemos visto, estaban mandadas por miembros de la nobleza. Pero los contingentes de las mismas no los formaban las «mesnadas» de esos nobles, puesto que existe un sistema de reclutamiento controlado por el palacio. Sabemos muy poco acerca de su funcionamiento, pero podemos afirmar que dentro del ejército se distinguen las tropas de caballería, que forman parte de la milicia permanente, de las de infantería *(pe-di-je-we)*.

En cada *o-ka* los contingentes aparecen estructurados por decenas de hombres, por lo que podemos suponer que la decuria sería la unidad básica de las tropas micénicas, poseyendo cada guarnición entre tres y quince de ellas. Los contingentes son clasificados en seis grupos *(i-wa-so, ke-ki-de, ko-ro-ku-ra-i-jo, ku-re-we, o-ka-ra* y *u-ru-pi-ja-jo)*, cuyo sentido no conocemos del todo bien.

Las guarniciones de este tipo únicamente entraban en funcionamiento en momentos de peligro, y para facilitar su funcionamiento se concedían una serie de privilegios fiscales a aquellos artesanos que deberían facilitar el funcionamiento del ejército, como los *na-u-do-mo*, o carpinteros de ribera, los *ka-ke-we* o broncistas y



Pendiente de oro de Mallia

en general a los artesanos del lawagetas o *ra-te-we ra-wa-ke-si-jo.* Los privilegios consisten en franquicias fiscales *(e-re-u-te-ra),* en descuentos de impuestos a esos grupos profesionales y a algunos de los tipos de contingentes señalados anteriormente, como los *ke-ki-de* y los *ko-ro-ku-ra-i-jo.*

El monarca y su palacio parecen, pues, disponer de poder militar y no de un modo limitado, sino hasta tal punto que consiguen coordinar todas las iniciativas bélicas, ya que los nobles combaten como jefes y oficiales en su ejército. Resulta, pues, absurdo, también en este sentido, hablar de una sociedad feudal. Si queremos comprender el papel de la nobleza micénica deberemos, pues, recurrir a otros criterios.

Es evidente que la nobleza existe como grupo y que parecen darse tensiones entre ella y la monarquía, pero ese tipo de tensiones forman parte de un sistema económico y social más amplio, que es el que nos permite comprender su sentido. Habíamos indicado anteriormente con frecuencia que se puede hablar de paralelismos en todos los campos, religioso, artístico, económico, entre la sociedad micénica y las del Próximo Oriente. Lo mismo podría afirmarse en el terreno social. Las tensiones entre una nobleza centrífuga de carácter militar y una monarquía centralizadora o centrípeta son características de todas las sociedades orientales, hasta el punto de que constituyen la clave de los procesos de formación y descomposición de muchos de sus sistemas políticos. Los grandes imperios y reinos corresponden normalmente a aquellos momentos en los que la centralización triunfa, y los interludios, períodos de decadencia y períodos intermedios, a aquellas otras ocasiones en que los poderes locales consiguen imponer sus tendencias centrífugas. Y el mundo micénico no será en ello ninguna excepción, puesto que, como hemos visto, su repentino fin no será más que la conjunción de toda una serie de factores externos con el predominio de las tendencias centrífugas de los nobles locales que acabarán por conseguir la plena independencia de sus dominios *(oikoi).*

2.4. El Damos

Hasta ahora hemos examinado cómo funcionaba dentro del mundo micénico la I Función, la función soberana a nivel político y religioso, que sería desempeñada por el *wa-na-ka* y la clase sacerdotal, auxiliados por los cuerpos de escribas y funcionarios. También hemos hablado de la guerra y la nobleza, es decir, de la II Función en la terminología dumeziliana, destacando cómo en esa actividad participaban, por una parte, grupos de guerreros profesionales que seguramente combatirían —o al menos se desplazarían hasta los campos de batalla, tal y como ocurre en los poemas homéricos— en carro, junto con levas de soldados libres que probablemente perteneciesen al *da-mo*.

¿Pero qué es el *da-mo?* Sería muy fácil suponer que simplemente debería corresponder con la III Función o con la clase productiva, pero ello no es así porque en el mundo micénico el *da-mo* no es una clase social, sino una entidad jurídica. En tanto que tal, es poseedora de tierras, tanto los individuos que lo componen como tierras comunales. Estas tierras eran del tipo *ko-to-na ke-ke-me-na,* y en ambos casos se hallaban distribuidas en *o-na-ta,* o parcelas trabajadas por una serie de individuos, que en el caso de las tierras comunales serían, en opinión de Lejeune, esclavos del *da-mo.*

Además de este tipo de *ko-to-na,* el *da-mo* también poseía otro tipo de tierras, las *ka-ma,* propiedad de personas particulares, que a su vez estaban divididas en *o-na-to-ka-ma.* Esas tierras no eran realmente del *da-mo* considerado como entidad jurídica, sino, por ejemplo, de un santuario que las daba a particulares para su cultivo.

En realidad desconocemos gran parte de lo que pudieron ser las tierras del damos destinadas a permanecer en colectividad, nada sabemos de



Vaso do los segadores,
de Hagia Tríada
(Siglo XVI a.C.)

su denominación e importancia, porque los catastros no hicieron el inventario de las mismas. Si nos centramos en los hechos conocidos tendremos que afirmar que en el caso del damos sólo conocemos la existencia de tierras que serían explotadas en colectividad, ignorando si, junto a ellas, sus miembros —o al menos parte de ellos— poseían otras tierras a título individual.

El *da-mo,* fue, como habíamos indicado, una entidad jurídica, que podríamos definir como una corporación que agrupaba en su seno a los *ko-to-no-o-ko.* Es decir, una agrupación de campesinos libres que controlaban una parte de las tierras y mantenía a nivel tanto individual como colectivo una serie de relaciones con la administración del distrito, a la que debía pagar una serie de impuestos. Estos impuestos serían devengados tanto por el *da-mo* como entidad jurídica colectiva como por cada uno de sus miembros, *damoi,* como renta procedente de la explotación de las parcelas individuales y comunales.

En ocasiones los impuestos no

eran percibidos por el palacio, sino por el templo, cuya administración no es más que una parte de la administración del palacio o el reino. Este es el caso del famoso pleito entre la sacerdotisa *e-ri-ta* del santuario de *Pa-ki-ja-na* y un *da-mo* que reclama su derecho a no pagar impuestos por unas tierras que considera de su propiedad y no dependientes, por tanto, del santuario de la *Potnia,* diosa que, según autores como Maddoli (1970), sería en última instancia la propietaria de todas las tierras del reino.

Pero el *da-mo* no sólo agrupaba a los campesinos, sino también a los pastores, los artesanos, e incluso a algunos de los individuos pertenecientes al grupo de los *te-re-ta.* Todos ellos actuaban solidariamente en casos de litigios y problemas relacionados con los repartos de tierras. Es posible, por otra parte, que el funcionario llamado *da-mo-ko-ro,* o bien fuese elegido por el *da-mo* para que lo representase ante el poder central, o bien era designado por ese mismo poder para desempeñar algunas funciones que lo relacionasen con el *da-mo.* Pero como las tablillas no nos permiten conocer ni precisar las funciones de este tipo de funcionarios, deberemos dejar la cuestión en suspenso.

Si queremos entonces, para sintetizar, situar al damos en el contexto de la sociedad micénica, podríamos decir que, desde el punto de vista económico y por lo que se refiere a la propiedad de la tierra, el *da-mo* poseería tierras de los siguientes tipos:

Tipos de tierras

1.° **Mo-ra:**
Sólo las poseen los nobles y no están registradas.

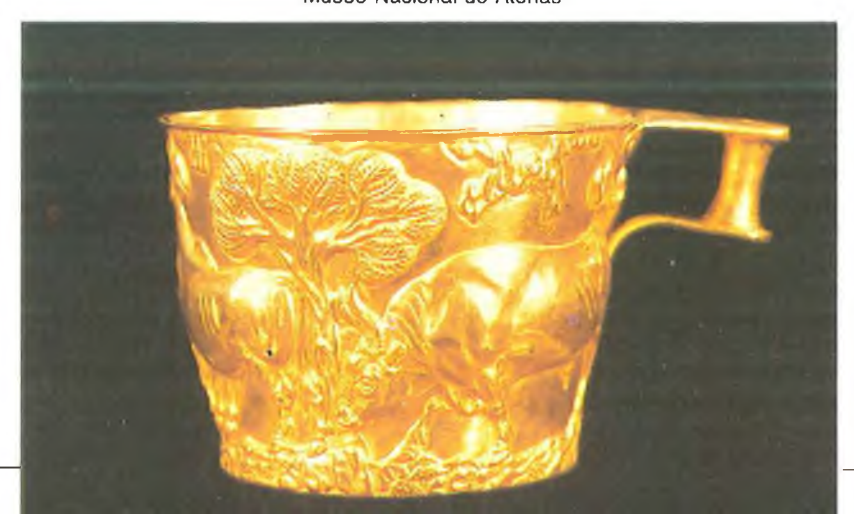
2.° **ko-to-na:**
1) Privadas, no registradas, algunas pueden ser propiedad, individual o colectiva, del *da-mo.*

2) *ke-ke-me-na:* Las posee el *da-mo* como entidad y personas particulares.

3) *ki-ti-me-na,* son del rey, pero el *da-mo* en sus dos niveles puede explotarlas mediante arriendo.

Esta es, pues, la situación del *damo* dentro de la estructura económica. En el sistema de distribución de las tierras probablemente haya que incluir también a los artesanos, puesto que, como ya indicamos, su actividad era doble, como artesanos y agricultores, y a los pastores, en cuanto

Vaso de oro de Vafio
(Siglo XV a.C.)
Museo Nacional de Atenas



que estaban también controlados por el poder central, que debería asignarles tierras para pastos.

Desde el punto de vista no económico, sino social, el *da-mo* aparece como opuesto al *ra-wo,* pero ello no debe ser interpretado en el sentido de que esa oposición fuese la predominante, ni tampoco que en ella se defina como «pueblo» o tercera función, ya que la única definición clara que de él tenemos es su definición como persona jurídica. Como tal no actuaba unitariamente en todo el reino de Pilos, sino que existían diferentes corporaciones, que actuaban a nivel de distrito para tomar sus decisiones y administrar justicia en los casos en que así le compitiese. Dentro de las asambleas del *da-mo* pudieron participar miembros del *ra-wo,* en cuyo caso el contraste laos/damos llegaría a desvanecerse en algunos casos.

Si pretendiésemos llevar a cabo una valoración global del papel del *da-mo* en la sociedad micénica nos encontraríamos, como hemos podido comprobar, con una serie de dificultades que provienen de la falta de datos. Sería posible suponer que el damos se opusiese al laos, o a la nobleza, haciendo, en algunos casos, causa común con el monarca, ya que algunos de los *te-re-ta* pertenecen al damos. Pero ello no sería más que una hipótesis, porque curiosamente el único enfrentamiento que tenemos atestiguado es el de un *da-mo* con una sacerdotisa, y por tanto, con el poder del palacio y del templo. Nos hallamos, pues, ante una gran incertidumbre, pero lo que sí podemos afirmar con seguridad es que el damos micénico y el demos de la historia griega posterior no parecen poseer muchos caracteres en común, puesto que el demos se definió como tal en tanto que pueblo que se enfrenta a la nobleza.

Pasemos, pues, a ver el último de los grupos sociales que aparece definido en las tablillas.

2.5. Los esclavos

Ya habíamos visto anteriormente que si bien es cierto que los esclavos desempeñaban un papel importante en la producción de bienes, sin embargo estaban lejos de ser la fuerza de trabajo predominante, ya que siempre comparten el trabajo con sus amos, y parecen disfrutar de una situación mejor que en épocas posteriores. Veamos, pues, qué papel desempeñaron en el marco de la estructura social.

Al considerar desde un punto de vista sociológico el problema de la esclavitud micénica tendremos que hacer una distinción fundamental entre dos tipos de esclavos: los pertenecientes a las personas físicas reales, que pueden ser propiedad de un artesano o de cualquier otra persona de diferente grupo social, o bien de una persona relacionada con el culto. Y por otra parte los esclavos pertenecientes a una divinidad. Los esclavos del primer tipo, como ya hemos visto, tomaban parte en los procesos productivos o trabajaban al servicio personal de sus amos. De los del segundo tipo apenas sabemos nada, pero, dada su titulación, puede ser que disfrutasen de una situación económica muy superior a la de los restantes esclavos. Los *theoio dóeloi* de Pilos tenían evidentes lazos con la actividad religiosa y aparecen como asignatarios de tierras de trigo en los textos catastrales, por lo que podemos suponer que compartirían una situación en muchos aspectos similar a la de los campesinos libres.

En cuanto a su origen, no sabemos prácticamente nada; se puede suponer que algunos de ellos hubiesen sido prisioneros de guerra, pero no es plenamente demostrable, y entre ellos aparecen hombres y mujeres, muchachos y muchachas.

Todos ellos, a excepción de los esclavos de la divinidad, podían ser poseídos no sólo por personas físicas, sino también por personas jurídicas,

como el *da-mo,* y en este sentido cabría distinguir entre esclavos públicos y privados.

Estos son en síntesis los datos que poseemos acerca de los esclavos; a nivel general podríamos decir que las tablillas dan testimonio de su existencia, pero no permiten hacer cálculos seguros ni acerca de su número, ni sobre su papel en el conjunto del proceso productivo. Sin embargo, si recurrimos a la comparación de esos escasos datos con los testimonios de las culturas próximo-orientales, podríamos afirmar, como ya hemos visto, que la situación de los esclavos en este momento debió ser mucho mejor que en la época clásica y muy similar a la de los esclavos de las grandes monarquías orientales, que podían poseer bienes, e incluso contraer un matrimonio legal.

Estos son, pues, todos los grupos sociales documentados en las tablillas; su análisis nos ha permitido observar la estructura social y política de un reino micénico en todos los aspectos de la actividad económica y social controlada por el palacio, pero sería erróneo considerar que esos grupos coincidan con el conjunto de la sociedad de este momento. De ser ello así, el final del mundo micénico habría tenido todas las características de una gran catástrofe, ya que habría supuesto el trastocamiento de todas y cada una de las piezas del sistema social; sin embargo, ello no debió de ser así por las siguientes razones.

2.6. Más allá del templo y el palacio: el mundo rural

Habíamos indicado cómo los escribas micénicos designaban con el término *a-ko-ro* al campo y a todos los grupos sociales que vivían en él. Y también habíamos visto cómo dentro de un reino micénico existía una serie de tierras que quedaban totalmente al margen del control del palacio, como las *mo-ra,* o tierras de la nobleza y las parcelas de algunos campesinos libres pertenecientes al *da-mo* y de algunos grupos de población de carácter más o menos marginal.

La existencia de esos tipos de tierras posee una gran importancia porque en ellas residían por un lado campesinos que podían quedar al margen del control del palacio y por otro poblaciones que cultivasen las tierras de los nobles, cuya actividad casi exclusiva debía de ser la guerra, junto con la participación en la administración del reino. Está claro que esas poblaciones existen, pero también lo está que nos resultan muy mal conocidas por no aparecer reflejadas en las tablillas. Sin embargo, disponemos de algunas posibilidades para su estudio (ver J. C. Bermejo, 1978), si analizamos algunos materiales arqueológicos y algunos términos de parentesco.

Tanto en el mundo minoico como en el micénico han llegado a ser conocidos, gracias a los trabajos de P. Faure, Rutkowski y Dietrich, numerosos cultos que funcionaron a nivel rural no sólo de un modo independiente, sino en ocasiones como alternativa ante los cultos practicados en los palacios y los templos. Esos cultos, tributados en cuevas, cumbres montañosas y santuarios rurales de pequeñas dimensiones, cubrían las necesidades en materia de religión de campesinos, pastores, artesanos, y en algunos casos soldados, que aparecen como los detentadores de una cultura, de una religión popular, que queda al margen de los cultos rendidos en los palacios y los templos de las capitales del reino.

Pero ¿cuál es el significado sociológico de esos cultos? Caben dos posibilidades. En primer lugar es posible que los campesinos, pastores y artesanos que participasen en ellos estuviesen bajo el control del palacio desde el punto de vista económico y social, como contribuyentes, e incluso como soldados reclutados en momen-

tos de peligro. Y por otra parte es posible que junto a ese tipo de campesinos también participasen en los cultos de ese tipo aquellos otros que trabajasen los dominios nobiliarios o que poseyesen sus propias tierras. En cualquier caso nos encontraríamos con unas poblaciones que no necesitan del palacio, ni desde el punto de vista económico, ya que son ellos los que producen los alimentos, ni desde el punto de vista social e ideológico, ya que poseen su propia organización y sus propios cultos, y por ello no tendría nada de sorprendente que en un determinado momento hubiesen visto con alivio, e incluso hubiesen contribuido —por ejemplo, negándose a pagar impuestos en períodos de malas cosechas, y rebelándose contra los funcionarios— a la desaparición de un sistema político y administrativo del que no parecen haber obtenido ninguna ventaja.

Pero, ¿cómo se organizaban? Nada sabemos ni de su organización económica; por ejemplo, si trabajaban para los nobles, lo que es lógico suponer, en qué concepto lo hacían —mediante rentas o corveas—, ni de sus instituciones sociales concretas, pero sí es posible formular algunas hipótesis.

Sabemos en la actualidad que las estructuras del parentesco constituyen la base de la organización social de la mayor parte de los pueblos primitivos. Parece claro que sociedades como las correspondientes a la Edad del Bronce griega se organizaron mediante estos sistemas, y la sociedad homérica vuelve, como ha demostrado Finley, a estar constituida de este mismo modo. ¿Qué podemos saber en este sentido de la sociedad micénica?

No disponemos de genealogías, ni de historias familiares para poder estudiar las reglas del matrimonio, la herencia y los diferentes tipos de lazos entre parientes propios de este momento, pero las tablillas nos proporcionan una serie de informaciones válidas, al menos a un nivel parcial.

En primer lugar parece claro que la sociedad micénica posee un carácter patriarcal. Son los hombres quienes detentan mayoritariamente el poder político y económico, aunque también algunas mujeres, como la sacerdotisa *e-ri-ta,* administren parte de él. Es además esta cultura de naturaleza patrilineal; la filiación, que podemos conocer a través del uso de patronímicos, y, en consecuencia, la herencia, se transmitieron por línea masculina.

Por otra parte, cabe suponer a nivel de hipótesis que algunas instituciones de parentesco, como la *gens,* pudieran estar atestiguadas de un modo indirecto en las tablillas. Así, por ejemplo, los miembros de una misma *ko-to-na* podrían pertenecer a una misma *gens,* la distribución de los distritos podría corresponderse con la existencia de catorce tribus y las decurias de los *o-ka* podían estar relacionadas con las fratrías (C. Gallavotti, 1961). Si la existencia de esas instituciones fuese plenamente demostrable, lo que no es así (J. C. Bermejo, 1978), tendríamos entonces prueba de su importancia, ya que el reino de Pilos las habría reutilizado dentro de sus esquemas administrativos, probablemente, como suele ocurrir en estos casos, debido a la fuerza que poseían, que haría muy difícil prescindir de ellas. Pero, además de eso, de confirmarse su existencia tendríamos atestiguada la presencia de unas formas de organización social, que en el mundo antiguo siempre fueron acompañadas de cultos propios, que quedarían al margen del palacio, y sobre las que quizá antes y después de la aparición y decadencia de los palacios los grupos sociales debieron organizarse.

La sociedad rural es, pues, para nosotros una gran laguna; algunas hipótesis nos permiten vislumbrar aspectos de su estructura, pero nada podemos saber de ella a un nivel más concreto. Con ese gran paréntesis

dejaremos el estudio de la sociedad micénica para adentrarnos en el último de los aspectos del estudio de esta cultura: su religión.

3. La religión micénica

El estudio de la religión micénica posee dos fases netamente distinguibles que se hallan separadas por el hito que supuso el desciframiento de las tablillas. En la primera de ellas los materiales utilizados para su estudio fueron, naturalmente, los de carácter arqueológico, mientras que los textos establecerían su primacía en la segunda de ellas.

Ya A. Evans, el excavador de Cnossos, había formulado una serie de brillantes hipótesis, como el culto al árbol, al pilar, la existencia de una Gran Diosa como figura fundamental del culto en la Creta minoica, que pretendían, mediante su mutuo entrelazamiento, ir diseñando los contornos de una antigua religión mediterránea o egea de carácter matriarcal, que constituiría el más antiguo sustrato de la religión griega posterior. Una serie de autores, como Nilsson y Picard continuaron desarrollando sus investigaciones partiendo de los supuestos de Evans, por lo cual será conveniente que los expongamos con algún detenimiento.

Parten todos estos autores, en primer lugar, de la existencia de una cultura creto-micénica unitaria, que se habría implantado en el continente griego a través de una o varias oleadas de colonizadores. Creen, por otra parte, que, aunque no poseamos textos de esa cultura, podremos, sin embargo, analizarla en sus aspectos religiosos a través del material arqueológico, que nos puede suministrar una riquísima información acerca de los ritos y cultos, e incluso acerca de la composición de un supuesto panteón minoico-micénico. Partiendo de esos materiales llegarán así a la conclusión de que las principales diosas griegas, Atenea, Hera, Artemis, poseen un origen minoico, junto con toda una serie de personajes mitológicos femeninos de importancia secundaria, como Helena, Ariadna, Ilitia o Britomartis. Y de que también algunos dioses, como Zeus y Dioniso, y otra serie de figuras masculinas como Jacinto, Pluto y Erictonio hallan su origen en ese mundo. En palabras de uno de esos autores: «algunas de las más profundas y más ricas fuentes de la religión griega manan de un pasado remoto, cuando los monarcas del dominio de Minos gobernaban sobre las islas griegas y el mar, y la civilización minoica penetraba en Grecia» (Nilsson, 1927).

En la actualidad, ya habíamos visto cómo se considera insostenible, tanto la teoría de la colonización minoica del continente griego como la hipótesis de la unidad cultural minoico-micénica, y por ello el desarrollo de la investigación arqueológica ha venido erosionando paulatinamente la solidez de estas brillantes construcciones, haciéndonos distinguir en todos los sentidos lo minoico de lo micénico, y señalando cada vez más la semejanza de lo micénico con lo griego posterior.



Diosa de las Serpientes procedente de Cnossos



Terracota representando a una diosa,
de Cnossos
(Siglo XIII a.C.)

Pero a las investigaciones arqueológicas y mitológicas, que, como en el caso del propio Nilsson (1929 y 1933), cada vez indicaban en mayor grado la semejanza entre el mundo de los dioses homérico y micénico y la relación entre los ciclos heroicos helénicos y los lugares en los que la cultura micénica alcanzó su máximo desarrollo, se vinieron a sumar las investigaciones de carácter filológico que demostraron, sin lugar a dudas, la presencia de casi todos los dioses del panteón griego clásico en las tablillas del Lineal B.

Dejando a un lado, pues, las diferentes teorías existentes acerca de la formación de la religión griega y de los sustratos que la componen que, por desgracia, todavía siguen siendo utilizadas en la actualidad, como ocurre en el caso de P. Lévêque (1975), que concibe a la religión griega como una superposición de sustratos: egeo, anatólico e indoeuropeo, teorías de dudoso valor tanto por sus presupuestos teóricos, que les llevan a considerar que el origen de un dios nos da la clave de su sentido, lo cual no es cierto, como por su carácter enormemente hipotético, nos centraremos a continuación en la exposición de los datos que en este sentido nos proporcionan las tablillas.

3.1. El panteón de Pilos

Al estudiar las menciones religiosas de las tablillas nos encontramos con que en ellas están representados todos, prácticamente, los grandes dioses del panteón griego clásico, es decir, casi todos los que luego formarán el panteón homérico. Allí están Zeus, Poseidón, Atenea, Hera, Ilitia, Artemis, Apolo, Ares y Dioniso, y si aceptamos la hipótesis de M. Rocchi (1978) también Démeter y Afrodita, de seguir la opinión de C. Gallavoti (1979).

Sin embargo, la mera presencia de un nombre no garantiza que la divinidad nombrada posea los mismos caracteres que en épocas posteriores. Y es que hubo enormes diferencias entre los dioses micénicos y griegos, aun cuando sus nombres sean idénticos.

Un caso muy claro en este sentido es el del dios Dioniso, que aparece no sólo como una divinidad popular, como en la Grecia Arcaica y Clásica, sino también adorado por las clases superiores. Y lo mismo ocurriría en los casos de Atenea y Ares, que en este momento poseían un carácter muy diferente al de épocas posteriores, e incluso con Zeus y Poseidón.

Se puede además dar el caso de que la aparición de un nombre identificable con el de un dios posterior no garantice la existencia de ese dios en el panteón micénico, como ocurre en el caso de Hermes, al que se le trató de identificar con el nombre *e-ma-a-2*. Sin embargo, si examinamos bien los lugares en los que aparece la palabra nos daremos cuenta de que, como señala M. Gérard-Rousseau (1968), este término no designa al dios, sino a su función desprovista de carácter divino.

Pueden darse además otras dificultades: por ejemplo, un mismo dios o diosa pueden ser designados con dos nombres diferentes que indiquen dos aspectos distintos de su personalidad, o bien el lugar en el que es ado-

rado: así, por ejemplo, la *po-ti-ni-ja u-po-jo* y la *po-ti-ni-ja pa-ki-ja-na* pueden ser o bien dos diosas o bien la misma diosa en su relación con el caballo y en su advocación en un lugar concreto.

E incluso la localización de los dioses puede plantear dificultades cuando un nombre designa a la vez al rey y a un dios, como en el caso del *wa-na-ka*. No siempre es fácil distinguir los nombres divinos de los humanos, ni los del personal cultual de los de los trabajadores ordinarios, por lo que deberemos extremar nuestras precauciones.

Además, dado que en época micénica parece existir ya un sincretismo, tendremos que tener en cuenta para la localización de los dioses que, por ejemplo, *a-re* y *e-nu-wa-ri-jo* pueden no ser dos dioses, sino el dios Ares y su epíteto Enyalios.

Por último también puede darse el caso de que en las tablillas, además de estar atestiguados todos los olímpicos, excepto Atenea, Hefesto, Hermes, Apolo y Afrodita, de modo explícito, también se encuentren una serie de divinidades desconocidas en el panteón griego ulterior.

Ahora bien, una vez conocidos los hechos generales que nos demuestran la existencia de buena parte de los dioses griegos en época micénica, ¿cómo se articulaban esas divinidades en un panteón?

Ya señalaba Nilsson (1929) que el Olimpo y su organización se remontaban a época micénica; para lo que partía del supuesto de que si los dioses se organizaban bajo un poder de carácter monárquico, su sociedad debería hallar su origen en una etapa histórica en la que la monarquía fuese la forma política dominante. Sin embargo, esta hipótesis puede considerarse como muy endeble, ya que el Olimpo homérico puede explicarse perfectamente mediante los caracteres de la sociedad helénica de la época oscura, tal y como la retratan los propios poemas homéricos, y ya que, por otra parte, ningún testimonio micénico puede confirmarla.

Sólo conocemos un panteón micénico, el de Pilos y su santuario *Pa-ki-ja-na,* pero no debemos olvidar que junto a ese modo de organización de los dioses pudieron haber existido otros, que, de conocerlos, nos proporcionarían el conocimiento de las variaciones religiosas regionales del mundo micénico.

En *Pa-ki-ja-na* nos hallamos con el dios Poseidón y con la Potnia, que según algunos autores podría identificarse con Deméter por ser como esa diosa *hippia,* es decir, de forma equina, y porque en época posterior conocemos la unión de Poseidón con una Deméter equina en Mesenia. Pero junto a ambos aparecen numerosos dioses locales, cuyos cultos debieron entrelazarse de diversos modos. Entre las diosas, por ejemplo, aparece una *po-si-da-e-ja,* que podría ser un aspecto de la diosa anterior, y otras como *pe-re, i-pe-me-de, e-ra, di-u-ja, ma-na-sa, do-po-ta* y *do-qe-ja.*

A su vez la *po-ti-ni-ja* aparece con diferentes nombres, aparte del de *I-qe-ja,* como *po-ti-ni-ja u-po-jo, ne-wo-pe-o* y *da-pu-ri-to-jo.* De entre estas advocaciones se ha identificado a *a-ta-na* con Atenea con cierta verosimilitud y a la señora del laberinto *(da-pu-2-ri-to-jo),* que podría ser Afrodita.

Ahora bien, los términos *a-ta-na* y *da-pu-2-ri-to-jo* no aparecen en las tablillas de Pilos, sino en las de Cnossos, las que, junto a ellos, nos proporcionan los nombres de otras diosas también conocidas en épocas posteriores, como por ejemplo, *Eleuthia, Erinu* y *Pipituna.*

Continuemos, pues, con la enumeración de los dioses del santuario de Pilos. Nos encontramos con que el dios principal no es en él Zeus, sino Poseidón, lo que no quiere decir que fuese el dios principal del panteón micénico, puesto que *Pa-ki-ja-na* podría

ser un santuario particular de este dios, que consecuentemente tendría que aparecer como el dios principal, lo que en cierto modo continuaría siendo así en épocas históricas posteriores.

Este Poseidón, llamado *e-ne-si-da-o-ne wa-na-ka,* o simplemente *e-ne-si-da-o-ne,* sería un dios muy diferente a su homónimo homérico, ya que no se relacionaría en absoluto con el mar, sino con la tierra y la fecundidad. De la naturaleza del dios no podemos precisar más, porque en su caso, como en el de los demás dioses micénicos, nos encontramos con que la mención de su nombre es muy escueta. Aparece el nombre del dios y las asignaciones de aceite, lana u otros productos destinados a su culto, por lo que en ocasiones puede confundirse incluso con una persona o con un nombre de oficio. Ante esta pobreza documental, muchos intérpretes tienden a establecer con muy poca precaución paralelismos con la religión griega posterior o con religiones orientales, sobre todo la hitita, pero el uso indiscriminado de esos paralelismos puede conducirnos fácilmente hacia la arbitrariedad, puesto que al mero nombre de una divinidad le podemos atribuir las propiedades que más convenientes nos parezcan. Tenemos también atestiguados en el santuario de *Pa-ki-ja-na* a otros dioses, como *a-re-ja e-ma-a-2,* es decir, algo así como «Hermes areios», interpretación que, de ser aceptada, poseería un gran interés, pero de la que tampoco se puede decir mucho. Y también se hallan presentes Ares, Zeus y Dioniso y otros nombres de dioses y advocaciones de dioses menos conocidos, como *Trisheros* y *di-pi-si-jo,* pero de ellos tampoco se podría dar más que el nombre.

La existencia de dioses y diosas con el mismo nombre podría interpretarse en dos sentidos. O bien soste-

Idolo de las Cícladas
Museo Nacional de Atenas

niendo que *Di-we* y *Di-u-ja* son dos formas de un dios que carece de sexo en concreto —en este caso Zeus y su «Zeusa»—, o bien, lo que es más probable, afirmando que cada dios posee una compañera a la que se designa con el mismo nombre. No obstante la cuestión dista mucho de ser sencilla, porque en las tablillas aparece, por ejemplo, Zeus asociado con Hera, con lo cual la existencia de una diosa llamada *Di-u-ja* se hace mucho más problemática, aunque podría darse el caso de que la asociación con Hera fuese posterior e incluso que hubiese sido forzada por el palacio.

Esto es, en síntesis lo que sabemos acerca del panteón de Pilos. Junto a él existieron otros diferentes en los distintos reinos micénicos, y además sabemos también que junto a los panteones oficiales convivieron otros de carácter popular. A la hora de enfrentarnos con el conocimiento de todos ellos nos encontramos con un mismo problema: la inexistencia de mitología.

Para lograr la comprensión de la figura de un dios es necesario conocer sus atributos y las modalidades de su actuación. El único camino de que disponemos para ello consiste en el estudio de la mitología. Pero no hay una mitología micénica, porque las tablillas, como documentos administrativos que son, no recogen lógicamente narraciones de este tipo. Si se hubiesen conservado narraciones épicas micénicas, lo que sería, por cierto, imposible en el silabario lineal B, ya que no puede recoger todos los matices lingüísticos que intervienen en la formación de un verso como el hexámetro, en el que pudo haberse desarrollado una épica micénica, entonces podríamos analizar los relatos y en consecuencia analizar las figuras divinas. Pero en el estado actual de nuestros conocimientos debemos de conformarnos con conocer la existencia de algunas divinidades y algunos aspectos de su culto.

3.2. Algunos aspectos del culto y el ritual

Tras un largo período de tiempo en el que se creyó que en los mundos minoico y micénico no existirían los templos, ya que sus funciones serían desempeñadas por los palacios, se ha llegado a una situación en la actualidad en la que la existencia de ese tipo de edificaciones cultuales es ampliamente reconocida. En efecto, tenemos todo un vocabulario micénico del *templo: i-je-ro (hierón), na-wi-jo (naýs), wo(i)-ko (oikos) do (do), o-pi-e-de-i (hédos),* como ha puesto de manifiesto S. Hiller (en «Hägg-Marinatos», 1981). Y además tenemos pruebas arqueológicas suficientes de la presencia de templos dentro de las propias ciudadelas, como ocurre en el caso de Micenas.

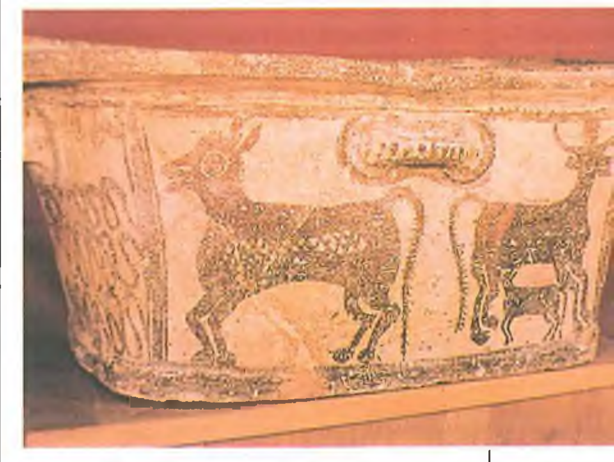
Anteriormente habíamos mencionado la presencia de *sacerdotes* y *sacerdotisas* por el papel económico y social que desempeñaban. La filología micénica también nos proporciona todo un vocabulario en este sentido. Los sacerdotes *(i-je-re-u)* y sacerdotisas *(i-je-re-ja)* son designados por el nombre del santuario en el que sirven, como la *i-je-re-ja pa-ki-ja-na* o por el de la divinidad a la que tributan culto, como la *i-je-re-ja po-ti-ni-ja.* Pero dentro del cuerpo sacerdotal existe una especialización por funciones. Así, por ejemplo, tenemos al sacerdote *i-je-ro-wo-ko* (sacrificador), numerosos sacerdocios que se designan con el nombre de la divinidad con terminaciones en *jo, je-u* y *je-wi-jo,* como *po-si-da-i-je-u* (el sacerdote de Poseidón) y nombres colectivos de colegios sacerdotales, como los *ki-ri-te-wi-ja, ra-pte-re,* y otros de funciones prácticamente desconocidas.

También hay otros sacerdocios o cargos muy especializados, como el de la *ka-ra-wi-po-ro,* «portadora de la llave» y una serie de acólitos como el *keryx* (mensajero), los *tamiai* (tesoreros), etc.

Algunos autores habían venido sosteniendo, siguiendo las primitivas hipótesis de Evans, que el rey micénico sería un dios o por lo menos un personaje de importancia capital en el ejercicio de las funciones del culto. Pero en la actualidad tendremos que afirmar, de acuerdo con los datos de las tablillas, que si bien es cierto que el rey, el *ra-wa-qe-ta* y otros funcionarios llevan a cabo funciones relacionadas con el culto, también lo es que la parte fundamental del mismo debió estar en manos del cuerpo sacerdotal.

Pero, ¿en qué consistía ese culto? En las religiones antiguas los actos básicos del culto los constituyen la *plegaria* y el *sacrificio*. Es evidente que, debido a la falta de textos literarios micénicos, no poseemos ninguna plegaria, pero la arqueología minoica y micénica viene en nuestro socorro en este sentido, proporcionándonos estatuillas y representaciones de orantes en las que unos personajes alzan las manos en gesto de plegaria, utilizando para ello la misma actitud que en la religión griega clásica.

El sacrificio es conocido en la religión micénica (ya hemos visto que existía un sacrificador), en sus dos modalidades, como sacrificio incruento, realizado mediante la presentación de ofrendas vegetales, y como sacrificio sangriento de distintos animales. El ritual sacrificial se halla representado con profusión de detalles en el sarcófago de Hagia Tríada, pero en ese caso se trata, como ha señalado Ch. R. Long (1974) de un sacrificio funerario o de carácter heroico. Sería de gran interés el poder saber si en la religión micénica se mantenía una distinción tan tajante entre el sacrificio sangriento, destinado a los dioses celestes y el destinados a los dioses funerarios y héroes como en la religión griega clásica. En ésta, a pesar de la semejanza de los gestos y de los actos, esos dos tipos de sacrificios se conciben como actos de diferente naturaleza, e incluso se los designa con términos totalmente diferentes. Y ello es así porque el sacrificio a los dioses olímpicos es un sacrificio en el que se trata de establecer una unión, un acto de comensalidad con los dioses, mientras que a los muertos, héroes y dioses infernales se les hacen sacrificios para satisfacerlos y para que se mantengan alejados de los hombres, razón por la que los animales se les inmolan íntegros.



Sarcófago procedente de Gournia
(De en torno al 1350 a.C.)

En el caso de la religión micénica no podemos establecer matices de importancia capital en el culto como éstos en el caso de los sacrificios. Si examinamos los restantes rituales contenidos en las tablillas nos encontraremos únicamente con dos, el *to-no-e-ke-te-ri-jo* de la tablilla Fr 1222 y el *re-ke-to-ro-te-ri-jo*. El primero de ellos está dedicado a los dioses *wa-na-so-i* y se interpreta como un ceremonial de instalación de un trono real, o de unción del trono de esas diosas reales, o bien, según P. Faure (1981), como una fiesta de desplegamiento del velo. El segundo de los rituales consistía en la preparación de un lecho en honor de Poseidón con el fin de que el dios participase en un banquete sacrificial, que podría ser simi-

lar, en su concepción, a la idea de la comensalidad de los hombres y los dioses en los sacrificios griegos del tipo *thysía*.

Tendríamos, para concluir, un hipotético culto que añadir a esta pobre nómina, el *culto de los muertos*, si las hipótesis en torno a él construidas poseyesen validez. Examinemos, pues, la cuestión partiendo del estudio de los materiales que se han tomado como base para su estudio.

Durante la Edad del Bronce no parece haber pruebas de la existencia de actos rituales que pudiesen ser considerados como indicios de un culto a los muertos, durante los períodos Heládico Primitivo y Medio. Sin embargo, al llegar al Heládico Reciente y con la introducción de las tumbas de cámara y los *tholoi* se produciría, en opinión de algunos autores, un cambio sustancial.

En los diferentes tipos de tumbas micénicas nos encontramos con que el muerto aparece rodeado de una serie de ofrendas: vestidos, joyas, vasos con alimentos (aceite y harina) y, en el caso de que fuese hombre, además de estos ajuares se colocaban en su tumba también armas. Estas ofrendas probablemente se hiciesen para calmar al muerto y proveerlo de una serie de materiales que le permitiesen satisfacer sus necesidades, que serían consideradas como muy similares a las de los vivos.

Según algunos autores, como Schnaufer (1970), los micénicos considerarían a los muertos como un *lebender Leichnam* o cadáver viviente, que podría actuar tras la muerte, e incluso salir de la tumba. La acción del cadáver debía concluir una vez que hubiera tenido lugar la completa descomposición de su cuerpo, ya que en las tumbas de fosa se puede observar cómo una tumba se construye sobre otra similar, sin preocupación alguna por la conservación de los huesos y los vasos provenientes de las tumbas anteriores.



Máscaras de oro de Micenas
Museo Nacional de Atenas

Fue en las tumbas de fosa donde H. Schliemann descubrió las famosas máscaras de oro en las que creyó reconocer el rostro de Agamenón. La elaboración de esas máscaras debió poseer alguna finalidad ritual que concretamente desconocemos. Para Schnaufer (1970) el embalsamamien-

to en oro tendría como finalidad el facilitar la pervivencia del cadáver en la vida futura. Y para ese mismo fin debieron haberse practicado los sacrificios a los muertos, como el que aparece representado en el sarcófago de Hagia Tríada. El sacrificio de animales a los mismos podría tener como finalidad el lograr establecer una comunicación con los muertos, o el lograr aplacarlo gracias al ofrecimiento de la sangre de la víctima, como ocurre en Homero, pero, en cualquier caso, ninguna de estas interpretaciones es confirmable, ya que carecemos de datos de cualquier tipo que nos revelen el significado de los gestos rituales que pudieron haberse realizado ante las tumbas.

Además de toda esta serie de medidas para atraerse la benevolencia del muerto, los micénicos llevaron a cabo en el período de las tumbas de fosa toda una serie de medidas de carácter «apotropaico», que tendrían como finalidad el defenderse de los poderes del muerto, medidas que es posible apreciar observando la arquitectura de las tumbas, que aparecen, por ejemplo, tapadas con una losa, cuya finalidad, según Schnaufer, sería la de impedir la salida del muerto.

Si pasamos a examinar las tumbas de *tholos* nos encontramos con que en lo fundamental las creencias en torno al muerto no variaron en relación con las de la época anterior. Se hallan los mismos ajuares y se continúan ofreciendo los mismos tipos de sacrificio, por lo que cabría suponer que también se hubiesen mantenido las mismas creencias. Y las mismas conclusiones podrían deducirse del examen de las tumbas de cámara.

Unicamente se introducirá un cambio de importancia con respecto a estas creencias cuando, a partir del Heládico Tardío III C se introduzca de forma definitiva la incineración del cadáver. Las creencias anteriores no desaparecerían en su totalidad, pero como la fuerza y la energía que se atribuían al muerto dependía de la conservación del cadáver, lógicamente la introducción de este uso funerario trajo como consecuencia la supresión de la imagen del muerto como *lebender Leichnam.*

Hemos podido observar cómo en el mundo micénico se ejecutan una serie de actos de carácter ritual en lo que al tratamiento de los cadáveres se refiere. Sin embargo, ello no quiere decir en modo alguno que se hubiese practicado un culto a los muertos. Todas las sociedades humanas aplican algún tipo de tratamiento ritual a los cadáveres y en todas ellas existen concepciones acerca de la muerte y de la naturaleza, destino y posibilidades de acción de los muertos, pero ello es muy distinto a la existencia de un culto a los difuntos. Cuando se desarrolla un culto de ese tipo caben varias posibilidades. O bien se le tributa culto a los muertos como colectividad, por ejemplo a los antepasados de un grupo familiar, como los Manes romanos, o bien es objeto de culto un tipo de personajes específicos, como pueden ser los monarcas muertos o los difuntos que en la religión griega son considerados como héroes, y a los que se rinde culto en la proximidad de sus tumbas.

En cualquier caso para que se dé un culto se requiere, como habíamos dicho, que haya plegarias y sacrificios. Las plegarias y las lamentaciones ante la tumba de un muerto nos son bien conocidas en la religión griega, tanto por los testimonios literarios como por los arqueológicos —recuérdense las escenas de exposición del cadáver y de lamentación que son típicas de las grandes jarras del período geométrico—, pero nada sabemos de ellas en el mundo micénico, puesto que las representaciones de las tumbas se limitan a mostrarnos a los guerreros en sus carros.

Por el contrario, sí conocemos la existencia de sacrificios, pero de ella tampoco se deduce necesariamente la

existencia de un culto, por lo siguiente. Un mismo acto o gesto de culto puede poseer significaciones muy diferentes según los contextos. Así, por ejemplo, postrarse de rodillas ante un guerrero supone en el mundo griego el mostrarse como suplicante, pidiéndole clemencia y rogándole protección. Hacer el mismo gesto ante el altar de un dios o de una diosa en una situación normal constituye por el contrario un acto de culto. Por el mismo motivo, sacrificar un buey a los dioses, quemar unas de sus partes y consumir otras de acuerdo con un ritual claramente establecido es tributarle culto a una divinidad, mientras que aplicar la misma ofrenda a un muerto posee un significado totalmente diferente. En primer lugar porque de lo que se trata no es de unirse con él, sino de alejarlo, y en segundo lugar porque no se lo considera como un ser superior, sino inferior, está privado de la vida y por ello se trata de infundírsela ofreciéndole alimentos o sangre. La distinción entre el significado de los actos de este tipo es muy difícil, porque requiere establecer sutiles matices simbólicos y psicológicos, y es por ello por lo que no resulta en modo alguno posible establecerla con claridad en el mundo micénico. En relación con él únicamente podríamos indicar que el culto de los dioses, recogido en las tablillas, y las ofrendas a los muertos, ausentes de ellas, parecen formar parte de dos actividades netamente diferentes.

Estos son, pues, los datos de que disponemos para el estudio de la religión micénica. Sobre ellos se han construido una serie de hipótesis, que suelen concordar con diferentes teorías históricas relativas al origen de una cultura. La primera de ellas fue la de Evans, quien, como derivaba la cultura micénica de la minoica, establecía en consonancia con ello la continuidad de ambas religiones. Lo mismo ocurre en el caso de M. Astour, quien, al considerar la cultura micénica como la consecuencia de la colonización del continente griego por parte de un grupo semítico-occidental, creerá ver en la religión micénica una gran cantidad de paralelismos con las religiones sirias, cananeas y palestinas. Podríamos ampliar la nómina con diferentes autores que consideran la religión micénica como una prolongación de las religiones del Neolítico o de la Edad del Bronce centroeuropea, o con teorías, como la de P. Faure (1981), que recientemente se inclina por ver la trifuncionalidad indoeuropea en la religión micénica del siguiente modo:

1.ª Función:

Zeus, Hera y Dioniso.

2.ª Función:

Ares, Peresa, Ipemedeya, Diwya y Trisheros.

3.ª Función:

Potnia, Atana y Posidas.

Pero tanto en este caso como en los anteriores, nos encontramos con que esas teorías son totalmente hipotéticas. La de Faure es indemostrable, porque para hablar de un panteón trifuncional se requiere la existencia de una mitología, condición que no se cumple en el mundo micénico. Las de Astour y Evans no encuentran suficiente base histórica y arqueológica, y las que retrotraen la religión micénica a la prehistoria no son más que intentos de aclarar lo oscuro con lo tenebroso porque, si poco sabemos de los dioses micénicos y al hablar de ellos manejamos constantemente hipótesis, mucho menos tendremos que conocer de los dioses del Neolítico o de la Edad del Bronce centroeuropea, puesto que no están atestiguados en documento alguno y su existencia es en muchos casos supuesta, o incluso imaginada, por los arqueólogos a partir de testimonios indirectos.

Dejaremos aquí el estudio de la religión micénica. Con él hemos concluido también el del mundo egeo del segundo milenio. El hundimiento y la destrucción o abandono de los palacios micénicos supondrá un corte importante en la historia griega; gran cantidad de elementos de esta civilización se perderán con ellos para siempre, hasta que sean rescatados por las piquetas de los arqueólogos, mientras que otros de ellos sobrevivieron, pero lo hicieron adaptándose a una configuración nueva y formando un nuevo universo histórico que será el universo de la polis, que hallará su máximo esplendor en la civilización griega clásica.



Máscara de oro de Micenas
Museo Nacional de Atenas

Tabla cronológica

Grecia

Paleolítico	Cueva de Franchthi Halieis (Tirinto)	15000 9476 ± 268
Mesolítico	Idem	De 7627 ± 134 a 4896 ± 81
Neolítico Acerámico		Hasta 6000
Neolítico Primitivo	Culturas Pre-Sesklo (Tesalia)	6000
Neolítico Medio A	Sesklo	5000
Neolítico Medio B		4500
Neolítico Tardío	En el sur de Grecia Cultura de Dinemi en Tesalia	3000
Heládico Primitivo	Comienza el Heládico Primitivo Lerna y otros lugares son destruidos al fin del HP III ¿Primeros indoeuropeos? Cerámica gris minia	2500 2200
Heládico Medio	Objetos MM III en la Argólida	1700
Heládico Tardío I (Micénico I)	Tumbas de fosa	1600
Heládico Tardío o Reciente II (Micénico II)	Comienza en: Primer palacio en Micenas	1500
Heládico Reciente III A (Micénico III A)	Destrucción y reconstrucción del palacio en Micenas. Micénicos en Chipre, Palestina y Egipto (Tell el Amarna)	1400
Heládico Reciente III B (Micénico III B)	Asentamientos en Chipre y Ras Shamra. Destrucción de Micenas y saqueo de Pilos	1300 1200
Heládico Reciente III C	Asentamiento micénico en Acaya Fuerte migración micénica a Chipre Incursiones dorias Destrucción final de Micenas	1180 1100

Bibliografía

La cultura minoica

Gustave Glotz: *La civilización Egea.* UTEHA, México, 1952.

J. D. S. Pendlebury: *Arqueología de Creta.* FCE, México, 1965.

J. Hutchinson: *La Creta Prehistórica.* FCE, México, 1978.

F. Schachermeyr: *Die minoische Kultur des alten Kreta.* Stuttgart, 1964.

P. Faure: *La Vie quotidienne en Créte au temps de Minos.* París, 1973.

F. Matz: *The maturity of Minoan Civilization,* en «Cambridge Ancient History» (a partir de ahora citada CAH), II, 1, 1974.

The zenith of Minoan Civilization. CAH, II, 1, 1974.

C. Renfrew: *The Emergence of civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millenium BC,* Londres, 1972.

D. Krzyszkowska y **L. Nixon** (eds.): *Minoan Society. Proceedings of the Cambridge Colloquium 1981.* Bristol Classical Press, 1983.

Paul Faure: «Fonctions des Cavernes Crétoises». *BEFAR, Travaux et Mémoires,* XIV, E. de Boccard, París, 1964.

«Nouvelles Recherches sur trois sortes de sanctuaires cretois». *BCH,* I, 1967, pp. 114-150.

«Sur trois sortes de sanctuaires crétois (suite)». *BCH,* XCIII, I, 1969, pp. 174-213.

Chester G. Starr: «The Myth of Minoan Thalassocracy». *Historia,* 3, 1953.

Jean Vercoutter: *Essai sur les relations entre Egyptiens et Préhellenes.* A. Maissonneuve, París, 1954.

L'Egypte et le monde Egeen prehéllènique. Etude critique des sources egiptiens. Du début de la XVIII a la fin de la XIX Dynastie. Institut Français d'Archeologie Orientale, Cairo, 1956.

Bogdan Rutkoski: *Cult Places in the Aegean World.* Bibliotheca Antiqua, X, Polish Academy of Sciences. Breslau, 1972.

Charles Picard: *Les religions prehéllèniques (Créte et Mycènes).* Col. Mana, PUF, París, 1948.

Martin Persson Nilsson: *The Minoan-mycenaean religion and its survivals in Greek Religion.* Reg. Societas Humaniorum Litterarum Lundensis, Acta IX, 1927.

R. Hägg y **N. Marinatos:** *Sanctuaries and Cults in the Aegean Bronze Age.* Proceedings in the First International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 12-13 May 1980, Stockholm, 1981.

Paul Faure: «Créte et Mycènes. Problèmes de mythologie et d'histoire religieuses», en *Dictionnaire des Mythologies* (ed. Ives Bonnefoi), París, 1981, pp. 266-275.

Grecia en la Edad del Bronce

1. El Heládico primitivo

Theodor A. Werthime: «The Beginnings of Metallurgy. A New Look». *Science,* 182, 1973, pp. 875-887.

C. Renfrew: «Cycladic Metallurgy and the Aegean Early Bronze Age». *AJA,* 1967.

K. Branigan: *Aegean Metalwork of the Early an Middle Bronze Age.* Oxford, 1974.

John L. Caskey: *Greece. Creta and the Aegean Islands in the Early Bronze Age,* en CAH, I, 2, 1971.

N. G. L. Hammond: *A History of Macedonia.* I, Oxford, 1972.

J. L. Caskey: «Lerna in the Early Bronze Age». *AJA,* 1968.

W. A. Mc Donald y R. H. Simpson: «Prehistoric Habitation in Southwestern Peloponesse». *AJA,* 1961; «Further exploration in Southwestern Peloponesse». *AJA,* 1969 y 1964.

AAVV: *Acta of the Second International Colloqium on Aegean Prehistory. The first arrival of Indo-Europeans elements in Greece,* Athens, 1972.

Bronze Age migrations in the Aegean. Archeological and linguistic problems in Greek Prehistory, Londres, 1973.

2. El Heládico Medio

Además de las obras de conjunto del apartado anterior:

J. Chadwick: *The Prehistory of Greek Language.* CAH, II, 2, 1976.

E. Vermeule: *Grecia en la Edad del Bronce.* FCE, México, 1971.

J. L. Caskey: *Greece in the Middle Bronze Age.* CAH, II, 1, 1973.

C. Renfrew: *The Emergence of Civilization.* Londres, 1972.

3. El surgimiento de la cultura micénica

N. G. L. Hammond: *A History of Macedonia,* I, Oxford, 1972.

E. Vermeule: «The Mycenaeans in Achaia». *AJA,* 1960.

V. R. D'A Desborough: *The last Mycenaeans and their succesors.* Oxford, 1964.

Per Alin: *Das Ende der mykenischen Fundstätten auf dem griechischen Festland.* Lund, 1962.

J. T. Hooker: *Mycenaean Greece.* London, 1976.

O. T. P. K. Dickinson: *The Origins of Mycenaean Civilization.* Studies in Mediterranean Archaeology, XLIX, Göteborg, 1977.

M. A. Littaner: «The military use of the Chariot in the Aegean in the Late Bronze Age». *AJA,* 1972.

J. T. Hooker: «The coming of the Greeks». *Historia.* XVI, 1976.

F. H. Stubbings: *The Aegean Bronze Age.* CAH, I, 1, 1970.

The Rise of Mycenaean Civilization. CAH, II, 1, 1973.

The expansion of Mycenaean Civilization. CAH, II, 2, 1975.

M. Astour: *HELLENOSEMITICA A. Ethnic and Cultural study in West Semitic impact on Mycenaean Greece.* Leiden, 1967.

O. Szemerenyi: «The origins of Greek Lexicon: Ex Oriente Lux». *JHS,* XCIV, 1974.

P. Walcot: *Hesiod and the Near East.* Cardiff, 1966.

P. Considine: «The theme of divine wtath in ancient East Mediterranean Literature». *SMEA,* VIII, 1969.

T. B. L. Webster: *La Gréce de Mycènes à Homére.* París, 1962.

H. Stubbings: *The expansion of the Mycenaean Civilization.* CAH, II, 2, 1975.

C. G. Thomas: «A Mycenaean Hegemony? A reconsideration». *JHS,* XC, 1970.

J. C. Bermejo Barrera: «Sobre la función del comercio en la estructura económica micénica». *Memorias de Historia Antigua,* II, 1979.

J. Vercoutter: *Essai sur les relations entre Égyptiens et Préhellenes.* París, 1954.

L'Egypte et le monde Egéen Prehellenique. Etude critique des sources egyptiens. Du début de la XVIII à la fin de la XIX Dynastie. El Cairo, 1956.

V. Hankey: «Mycenaean trade with the South-Eastern Mediterranean». *Mel. Univ. St. Joseph,* 1970.

F. Schachermeyr: *Agäis und Orient.* Ost. Akad. d. Wiss, Wien, 1967.

D. L. Page: *History and Homeric Iliad.* Berkeley, 1959.

F. Schachermeyr: *Hethiter und Achaer.* Leipzig, 1935.

P. Garelli: *El Próximo Oriente Asiático,* I. Barcelona, 1970.

J. D. Muhly: «Hittites and Achaeans: Ahhijawa redomitus». *Historia,* 1974.

M. I. Finley; J. L. Caskey; G. S. Kirk, y **D. L. Page:** «The Troyan War». *JHS,* 1964.

F. Biancofiore: *Civiltá Micenea nell'Italia Meridionale.* Roma, 1967.

L. Vaguetti: «Micenei in Occidente. Dati acquisti e prospective future», en *Modes de Contact et procés de transformation dans les sociétés anciennes.* Pisa-Roma, 1983.

AA. VV.: *Acts of the International Symposium: The Myceanaeans in the Eastern Mediterranean.* Nicosia, 1973.

R. Carpenter: *Discontinuity in Greek Civilization.* Cambridge, 1966.

R. H. Stubbings: *The End of the Mycenaean Civilization and Dark Age.* CAH, II, 2, 1975.

B. Rutter: «Ceramic evidence for Northern Intruders in Southern Greece at the Beginnings of the Late Helladic C Period». *AJA,* 1975.

L. Nixon: *The Rise of the Dorians.* Hemel Hempsted Chancery Press, 1968.

Ph. P. Betancourt: «The End of the Greek Bronze Age». *Antiquity,* 1976.

La Civilización micénica

J. Chadwick: *El mundo Micénico.* Alianza, Madrid, 1978.

P. Faure: *La Vie quotidienne en Gréce au temps de la guerre de Troye.* París, 1975.

L. A. Stella: *La Civiltá Micenea nei Documenti contemporanei.* Roma, 1965.

L. Godart: «Le grain à Cnossos». *SMEA,* V, 1968.

E. L. Bennett, Jr.: *The Olive Oil Tablets of Pylos.* Supl. Minos, 1958.

Wylock: «Les aromates dans les tablettes Ge de Mycénes». *SMEA,* 1972.

L. Deroy: «Deux termes de zootechnie dans les tablettes Dm de Cnossos». *SMEA,* 1969.

M. Lejeune: «Les forgerons de Pylos», como todos los trabajos de Lejeune, salvo mención expresa de ello, éste se halla recogido en: *Mémoires de Philologie Mycénienne,* I-III, Roma, 1971-2.

F. Rodríguez Adrados: «El culto real en Pylos y la distribución de la tierra en época micénica». *Emérita,* XXIV, 1956; «Más sobre el culto real en Pylos y la distribución de la tierra en época micénica». *Emérita,* 1961, y «Les Institutions religieuses Myceniennes». *Minos,* XI.

M. Lejeune: «Prêtes et Prêtresses dans les documents mycéniennes». *M. Ph. Myc.,* II.

«Textes Mycéniennes relatifs aux esclaves». *M. Ph. Myc.,* II.

P. Debord: «Esclavage mycénien, esclavage homérique». *REA,* 1973.

J. A. Lencman: *Die Sklaverei im Mykenischen und Homerischen Griecheland.* Wiesbaden, 1966.

P. Walcot: «The divinity of the Mycenaean King». *SMEA,* 1967.

K. Wundsam: *Die politische und soziales Stuktur in dem mykenischen Residenzen nach den Linear B Texten.* Wien, 1968.

M. Marazzi: *La Sociedad micénica.* Akal, Madrid, 1980.

S. Hiller: «Studien zur Geographie des Reiches um Pylos nach den mykenischen und homerischen Texten». *SAWW,* 278, 1972.

J. Sarkady: «Zur politischen Karte Griechelands im mykenischen Zeitalter». *Act. Class. Univ. Debre,* 1973.

M. S. Ruipérez: «Ko-re-te-re et Po-ro-ko-re-te à Pylos». *Etudes Myceniennes,* 1956.

M. Lejeune: «Les circonscriptions administratives de Pylos». *M. Ph. Myc.,* III.

J. P. Olivier: «Une loi fiscale mycénienne». *BCH,* 1974.

L. Deroy: *Les leveurs d'impots dans le royaume mycénien de Pylos.* Roma, 1968.

F. Gschnitzer: «Stammesnamen in den mykenischen Texten», en *Donum Indogermanicum,* Heidelberg, 1971.

L. R. Palmer: *Mycenaeans and Minoans.* London, 1965.

M. Lejeune: «La Civilisation Mycenienne et la guerre», en *Problèmes de la Guerre en Gréce Ancienne.* París, 1968.

M. Lejeune: «Le Damos dans la Société Mycénienne». *M. Ph. Myc.,* III.

G. Maddoli: «Damos e Basilees». *SMEA,* 1970.

C. Gallavoti: «Le origini micenee dell'istituto fraterico». *P.d.P.,* 1961.

M. P. Nilsson: *The Mycenaean Origin of Greek Mythology.* Berkeley, 1929.

Homer and Mycenae. Nueva York, 1968 (reprint, 1933).

P. Lévêque: «Le syncrétisme Créto-Mycénien», en F. Dunad y P. Lévêque: *Les Syncrétismes dans les religions de l'Antiquité.* Leiden, 1975.

M. Gérard-Rousseau: *Les mentions religieuses dans les tablettes myceniennes.* Roma, 1968.

J. García López: *Sacrificio y sacerdocio en las religiones micénica y homérica.* Madrid, 1970.

M. Rocchi: «Po-ti-ni-ja e Demeter Thesmophoros a Tebe». *SMEA,* 1978.

G. Plugiese Carratelli: «Afrodite Cretese». *SMEA,* 1979.

A. Schnaufer: *Frühgriechische Totenglaube. Untersuchungen zum Totenglauben der mykenischen und homerischen Zeit.* Hildesheim, 1970.

Ch. R. Long: *The Ayia Triadha Sarcophagus. A Study of Late Minoan and Mycenaean Funerary Practices and Beliefs,* Studies in Mediterranean Archaeology, XLI, Göteborg, 1974.



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano**, *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela**, *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner**, *Babilonia.*
4. **J. Urruela**, *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez**, *Los hititas.*
6. **F. Presedo**, *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar**, *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner**, *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner**, *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez**, *Los hebreos.*
11. **F. Presedo**, *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano**, *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar**, *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo**, *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano**, *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo**, *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano**, *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas**, *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero**, *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero**, *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero**, *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido**, *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo**, *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido**, *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto**, *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto**, *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido**, *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso**, *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto**, *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal**, *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano**, *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano**, *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano**, *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal**, *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero**, *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna**, *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna**, *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna**, *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna**, *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás**, *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco**, *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila**, *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León**, *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román**, *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán**, *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero**, *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas**, *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas**, *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas**, *Los Flavios.*
50. **G. Chic**, *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa**, *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña**, *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello**, *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez**, *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez**, *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid**, *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó**, *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo**, *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo**, *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz**, *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja**, *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez**, *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo**, *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo**, *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica**, *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*